

La Ilustración Artística

Año XX

BARCELONA 18 DE NOVIEMBRE DE 1901

Núm. 1.038



RETRATO PINTADO POR FRANZ HALL

existente en la colección Wallace, de Londres

ATENEU
BIBLIOTECA
MADRID

SUMARIO

Texto. - *Crónica de teatros*, por Eusebio Blasco. - *Pensamientos*. - *El hada azul*, por Emilio Dugi. - *Jiras y columpios*, por J. Gestoso y Pérez. - *El caso de los dioses*, por R. - *Nuestros grabados*. - *Miscelánea*. - *Problema de ajedrez*. - *Un misterio*, novela ilustrada (continuación). - *Las expediciones antárticas inglesa y alemana*, por Carlos Rabot. - Li-Hung-Chang.

Grabados. - *Retrato pintado por Franz Hall*. - Dibujo de Triadó que ilustra el artículo titulado *El hada azul*. - *Jiras y columpios*, dibujos de Azpiazu. - *Mensajera del invierno*, cuadro de Gastón Linden. - El maestro *Francisco Fischer*, director de orquesta de la Casa Real de Baviera. - *El caso de los dioses* en el Liceo de Barcelona. Decoraciones de dicha ópera pintadas por Olegario Junyent y Félix Urgellés. - *Descanso en la estepa*, cuadro de Pedro Jacobo Dierckx. - *Barbería al aire libre*, cuadro de Salvador Viniegra. - *Monumento erigido en Saint-Ives a la memoria de Cromwell*, obra de F. W. Pomeroy. - *Monumento inaugurado en Manchester a la memoria de Gladstone*, obra de Mario Raggi. - El *Discovery* y el *Gauss*, buques de las expediciones antárticas, inglesa y alemana. - *Li-Hung-Chang*. - *La buena nueva*, cuadro de Domingo Morelli.

CRÓNICA DE TEATROS

¿Qué debe exigírsele al autor cómico que da una comedia al teatro de Lara?

Allí no hay que esperar obras de tesis, ni comedias trascendentales, ni obras con exceso de asunto y un plan aprendido en los *Tratados de literatura*. El público que va a pasar una hora en el teatrillo de la Corredera Baja no pide más que divertirse, reír, olvidar sus penas si las tiene, entretener agradablemente su tiempo.

No se puede, ni se debe, por consiguiente, ir a Lara como quien va de juez de un tribunal de exámenes.

Y sin embargo, para juzgar la comedia *El nido*, de los hermanos Quintero, la crítica se ha puesto muy seria, como si se tratase del estreno de una tragedia.

Que el acto primero es mejor que el segundo; que la comedia no tiene asunto... ¿Les parece a ustedes que es poco difícil tener al público en constante hilaridad dos horas con una comedia sin asunto?

Además, ¿por qué se culpa a estos jóvenes de seguir la moda corriente?

Las comedias sin asunto son las que privan, porque la generación que ha sucedido a los Tamayo, Ayala, García Gutiérrez y demás grandes autores de la pasada centuria, no sabe exponer, enredar y desenlazar. A excepción de Feliu y Codina y Joaquín Dicenta, que han hecho comedias y dramas como se hacían antes y como se harán siempre, así que pase la moda de las *conversaciones en tres actos*, los autores nuevos no se ocupan de pensar un asunto y combinar las situaciones y efectos dramáticos que de él se desprendan. Hacen sátiras, diálogos, chistes, frases, de todo menos comedias.

Los Quintero siguen la moda, menos cuando quieren probar que saben hacer una comedia y escriben *Los Galeotes*. Siguen la moda en los teatros por horas, en los que no hace gran falta una complicación de sucesos que den por resultado una pieza ó comedia completa. El público de esos teatros se contenta con que le distraigan.

Y en *El nido* el público, el de la segunda noche y subsiguientes, no cesa de reír, y la obra sigue y seguirá en los carteles muchísimo tiempo. *Quod erat demonstrandum*.

* *

Se abrió el teatro Real con la misma solemnidad que todos los años. Cantaron el *Siegfrido* artistas notables, la orquesta hizo primores, Luis París ha hecho un abono mayor que en las anteriores temporadas, y el primer teatro lírico de España será, como de costumbre, centro de reunión de todas las elegancias y regalo del espíritu.

Hay en Madrid verdadero culto de la música, no es posible negarlo, y cada año se nota más. Así, por ejemplo, la fundación de *La Filarmónica* es un gran paso dado hacia el fomento del arte musical en Madrid. Cien ó doscientas personas se han reunido conviniendo pagar un tanto de entrada y otro tanto al mes para dar audiciones de música clásica en el teatro Español por las tardes. Nadie puede entrar en la sala más que ellos; no se venden billetes. Los socios hacen venir del extranjero los ejecutantes más celebrados y con ellos celebran esas fiestas íntimas que honran mucho a los que las organizan.

En estos momentos *La Filarmónica* está dando una serie de conciertos con el cuarteto Parent, venido de París. Las sesiones son interesantísimas, y la última fué una continua ovación a los cuatro artistas, verdaderos *virtuosos*, maestros consumados.

El día 24 dicen que se abrirá el *Teatro Lírico* de Berriatúa con la *Circe*, de Ramos Carrión y Chapí. Pongamos que se abra el 1.º de diciembre, porque en esto de la construcción el propietario propone y el arquitecto dispone.

Como he dicho en anteriores crónicas, el teatro nuevo es magnífico, y hoy añadiré que el empresario ha hecho un abono muy grande, porque es más barato que el abono al teatro Real, y esto es de suma importancia en la vida madrileña.

Con los *viernes* de moda de la Comedia, los *lunes* del Español, los *martes* y *sábados* de Lara, el abono al teatro Real y el del teatro Lírico, las familias ricas ó medio ricas han doblado su presupuesto de diversiones de pocos años a esta parte. Añádase a eso la invasión de las compañías extranjeras, que ya vienen también en invierno y antes sólo venían en primavera, y se comprenderá lo difícil que va siendo divertirse en Madrid.

Por eso sin duda ha ideado Berriatúa la creación de un teatro de ópera española construído a todo lujo y en el cual el abono esté más al alcance de todas las fortunas. El tiro es, indudablemente, a la ópera italiana. Pero mientras haya Madrid y madrileños, el teatro Real será siempre el primero, con poca ó con mucha gente, con abono ó sin él. Y además el teatro Lírico cae muy lejos, muy lejos del centro y del movimiento madrileño.

La obra magna de Berriatúa será sin duda alguna la fundación de la ópera española, que parecía irrealizable. Tiene ya en cartera seis óperas de otros tantos maestros nacionales, y esto ya es mucho. Con ellas puede muy bien hacer dos ó tres temporadas, supuesto que éstas no son más que de cien representaciones.

En el teatro Español, *Don Juan Tenorio* ha producido a la empresa en el breve espacio de ocho días más de seis mil duros de ingresos; las entradas han sido otros tantos llenos, y el público ha acudido con más entusiasmo que nunca a celebrar la obra inmortal de Zorrilla.

Cuanto más años pasan, más les gusta este drama a los españoles, y la cifra de lo que han recaudado los *propietarios* del drama (pues es sabido que Zorrilla lo vendió en diez mil reales hace medio siglo), pasará de dos millones de pesetas.

Al autor le desesperaba el éxito de su obra, porque decía que era la peor de las suyas, y aún le desesperaban más los pingües beneficios que otros y no él disfrutaban con las representaciones del *Don Juan*. En verdad que debe ser afflictivo para la viuda del poeta inmortal ver todos los años en los carteles anunciada una obra que se hace en toda la nación y deja al que la adquirió seis mil duros de ganancia en quince días, y ella, la heredera de su marido, no percibe nada... Se dirá que los autores no conocen el valor del dinero y á veces venden á precio vil comedias y dramas que más tarde producen miles de duros. Pero en este caso especial, ¿cómo pudo figurarse Zorrilla que una obra rechazada por el público el día de su estreno había de resucitar algunos años después y constituir una renta tan grande?

Triste cosa; pero así es la vida, y ya lo dijo Cristo nuestro Señor: «Uno es el que siembra y otro es el que coge.»

Don Juan Tenorio se representa todos los años el día de la conmemoración de los difuntos. También esto es estrofalariamente español y raro.

* *

En la Zarzuela se ha estrenado una en un acto, letra de Paso y Domínguez Alfonso, titulada *El bateo*, con música de Chueca.

Ha sido el primer estreno del año en aquella casa y la primera producción de un joven autor que promete mucho. El éxito, completo.

La zarzuelita tiene todas las de la ley. Mucho asunto, mucha gracia, chistes del mejor género. Durará mucho tiempo en los carteles, según frase consagrada para las obras que *han de dar dinero*. Es primera producción de D. Antonio Domínguez Alfonso, quien mereció los honores de la escena varias veces.

La música es del maestro Chueca; y con decir el nombre del músico, queda hecho el elogio de la partitura. Esta vez hemos oído al Chueca de *La marcha de Cádiz* y de *Los descamisados*. Chueca puro, madrileño antes que músico, y con la misma frescura de los veinte años. El público pidió la repetición de todos los números de la zarzuela, que le deleitaron y serán popularísimos dentro de poco. Nadie como Chueca tiene el don de que su música se pegue en seguida al oído y se cante por las calles á las cuarenta y ocho horas de un estreno.

En este teatro de la Zarzuela hay este año una excelente compañía, y una docena de actrices á cual más bonitas, cosa que contribuye mucho al éxito de las obras. Felisa Lázaro, Isabel López, Lucrecia Arana, Elena Salvador, Carmen Hidalgo, Julia Mesa, la Sobejano y tantas otras como allí ha reunido la empresa, son muy á propósito para que el conjunto de las obras sea completo.

La luz de la sala, con las obras hechas, es tan deslumbradora, que no se resiste. Hay que ir á aquel teatro como cuando se va á ver el eclipse, con cristales ahumados.

En la actualidad toda la actividad de la dirección está dedicada á ensayar *Los timplaos*, zarzuela en un acto y cuadros, de la cual me guardaré muy bien de decir nada, pero á la que deseo más éxito que á ninguna, y mis razones tengo para ello.

* *

En la Comedia no estrenarán nada hasta el 24 del corriente, y el primer estreno será el de *Las flores*, de los Quintero.

Entretanto, Zacconi, á quien nos anuncian como el primer artista *del mundo*, dará ocho ó diez representaciones de dramas franceses, rusos, italianos y noruegos.

El primer artista de las cinco partes del mundo, eso es lo que nos traen á la Comedia en pleno invierno, interrumpiendo las representaciones corrientes de la compañía española, y haciendo un abono á precios muy altos.

En el mundo hay actores como el inglés Irwing y el francés Coquelin y otros muchos que no podían suponer que el primer actor del Universo fuera este Zacconi, al cual no le quito su mérito; pero, francamente, para ponerles el anzuelo á los abonados, no hacía falta declarar Padre Santo de los cómicos al artista á quien por lira y media se le puede oír en su tierra.

¡El primer actor del Cosmos! Ese es el que va á comenzar á hacernos llorar á moco tendido dentro de pocos días.

Los demás actores, extranjeros y españoles, no son nadie.

* *

La zarzuela clásica, la de los buenos tiempos de Salas y Gatzambide, tiene su teatro este año, y va mucha gente á oírla. Todavía hay una generación que oye con gusto *Marina* y *Los diamantes de la corona* y *Los Madgyares*, y los excelentes artistas que cantan en el Moderno merecen bien del público.

En el teatro Cómico sigue atrayendo gente la sin rival Loreto Prado, especialista en su género, artista personalísima.

Y en Romea y el Japonés y demás teatrillos de ese que llaman los Quintero *género ínfimo*, francesas y españolas bailan y cantan ó en francés ó en flamenco, y se desnudan buscándose *la pulga*, y hacen todo género de cosas exóticas aplaudidas por un público que habla con ellas y convierte la sala en plaza de toros.

EUSEBIO BLASCO.

PENSAMIENTOS

Concedemos demasiado tiempo á las cosas medianas; nuestra alma se parece á aquella posada de Belén en donde no encontró sitio Jesucristo.

LUCÍA FAURE.

Hay algo más elevado que el orgullo y más noble que la vanidad, la modestia; y hay algo más raro que la modestia, la sencillez.

RIVAROL.

La única paz que puede establecerse entre los hombres es la tolerancia.

VOLTAIRE.

Un yugo es siempre un yugo, lo mismo si lo presenta una mano sola que si lo presentan cien mil.

ALEJO DE TOCQUEVILLE.

Los retratos que gustan al modelo, raras veces gustan al público.

EMILIO DE GIRARDIN.

Ser único en sostener una opinión contra todos, no es prueba de que se esté equivocado ni presunción de que se piense acertadamente.

- Los microbios del medio social en que se vive no pueden ser destruidos, como no pueden serlo los del aire que se respira; lo que precisa es hacerse refractario á ellos.

- La verdad se nos presenta á menudo como punta de espada, y nuestro primer movimiento en presencia de ella es ponernos en guardia.

G. M. VALTOUR.



EL HADA AZUL

¿Qué queréis? ¿Un cuento?

Voy á contaros una historia. Es una historia sencilla y triste. No se habla de reyes ni de conquistadores, no aparecen guerreros ni mágicos prodigiosos. Nos os deslumbrará el relato de proezas extraordinarias, ni hará cerrar vuestros ojos el brillo de tesoros babilónicos.

Si fuera algo de eso no os la contaría. Es una historia triste, melancólica, dulce. No os hará reír, no os hará llorar; pero es fácil que os haga pensar. Un niño que piensa ha empezado á ser hombre.

¿De cuándo es mi historia? No me lo dijeron al contármela, pero no hace falta. Pudo suceder hace siglos, pudo desarrollarse ayer, podrá ocurrir mañana.

Mientras el corazón exista, y los fisiólogos todavía no han descubierto que se pueda vivir sin él, puede tener lugar mi historia.

Tiene ésta su heroína. Rubios son sus cabellos, de un rubio pálido, que hace recordar el adiós del sol en día de invierno; azules y grandes sus ojos, reflejo del cielo; de nácar su rostro, con palideces de santo y arreboles de iniciado, cuando las miradas de aquellos ojos soñadores fijanse en la inmensidad con que se confunden.

Y esta heroína se muere.

Su alma es un soplo divino que quiere volar al infinito; y se escapa por los ojos, que sólo tienen miradas para el cielo; por entre los labios, que parecen hechos para la oración; á través de la carne de aquel cuerpo, que quiere despojarse de lo terreno para volar á lo eterno. Siente anhelos que no sabe explicarse, ansias de vida y de libertad que nunca vió satisfechas, temores de llegar demasiado tarde á un más allá cuyo límite le es desconocido.

Todo esto sin definirlo, esbozado, vislumbres no más de un espíritu apenas formado cuando ya caduco para la vida terrena y dispuesto para la jornada grande y definitiva. La heroína de mi historia espera la muerte, y la espera pensando en la vida. Un tránsito del dolor al placer, de la obscuridad á la luz, de la duda á la certeza, de la mentira á la eterna verdad, de lo limitado y perecedero á lo infinito y lo eterno.

Y como es el sueño la imagen más exacta de la muerte, pensando en ésta mi heroína se quedó dormida.

* *

El hada misteriosa que habita en las regiones del ensueño, intangible como el ideal, etérea como el pensamiento, azul como los cielos, ha venido á saludarla. La ha tomado en sus brazos y ha remontado con sus alas la inmensidad. Allá en lo alto puede verlo todo.

— Mira, le dice, el mundo está á nuestros pies. Son de vidrio todos los pechos, no hay secretos para nosotros en los corazones, leemos en todas las conciencias.

¡Qué pocos merecen estas alturas! Viven en la hondonada porque no podrían respirar en la cumbre. Apegados á la tierra, miasmas deletéreos que de sus entrañas se desprenden, les impiden mirar á lo alto, hacia lo grande y noble.

Abajo todo es falso y grosero. El amor es cálculo; el heroísmo, una manifestación del orgullo; la caridad, un medio; la amistad, conveniencia. ¿Ves á los

hombres? Corren, se afanan, luchan. ¿Por una empresa generosa, por algún noble ideal? No. Luchan por el egoísmo, por el interés, por el poder.

Quieren llegar á la cumbre, para alzarse sobre los que quedaron en la hondonada, no para respirar los aires puros de las alturas.

* *

El hada azul sigue su carrera á través del espacio, llevando á mi heroína en sus brazos. De nuevo se detiene y le habla.

— Mira. Desde aquí se distingue un inmenso valle risueño y tranquilo. Es el valle de la Verdad. Aquellas luchas, desvelos y afanes que antes vimos no consiguen atravesar sus linderos. Hasta éstos llegan, y luego se deshacen como las turbulentas olas del Océano rómpense en espuma al besar las arenas de la playa. En ese valle cerrado á las concupiscencias de los humanos y sordo á los gritos de la ambición, tienen su solar las verdades todas.

Fíjate más. Así. Cada verdad es un montón de fuego, una hoguera que no se extingue jamás, porque la Verdad, como la Justicia, son eternas, como eterno es el Omnipotente que les dió vida. De Dios nacieron y sólo con El pueden morir.

Te extrañará que esas hogueras, que representan distintas verdades, sean también distintas en sus dimensiones. No debe llamarte la atención. En esto, como en todo, cúmplase la ley de la Naturaleza, que es la ley de Dios. Verdades grandes y verdades pequeñas, corazones hechos para amar un ideal y razones sólo dispuestos para un instante de pasión, almas superiores capaces de conquistar la Verdad única y almas miserables para las que el momento es inmensidad. Para cada verdad, un alma y un corazón capaces de comprenderla y amarla.

Cada hoguera es una verdad.

El Amor, aquella que con llama inquieta y encendida brilla á lo lejos.

Inmediata á ella, llamas desiguales denuncian la Virtud. No es grande, porque no es esta verdad la que con preferencia persiguen los humanos.

Aquel botón de fuego apenas perceptible, es la Justicia. Hay momentos en que se diría que va á extinguirse, y es que los hombres parece que luchan por matarla, más que por acrecentarla y darle vida.

Más hogueras se distinguen. Unas apenas lucen, otras brillan á intervalos; de la vida de muchas de ellas apenas si se ven las señales.

Si no les falta por completo, es porque su existencia es inmortal.

En cambio, en el centro de ese prado de rojas llamaradas, una hoguera descuellada, cuya vida es exuberante, cuyos resplandores dan tintas de aurora al cielo y á la tierra. Vivo y potente es el incendio, como si diligentes é invisibles geniecillos se encargaran de alimentarlo.

Contra sus lenguas de fuego y sus columnas de humo, los humanos son impotentes. Lejos de apagarla, tienen que mantenerla de combustible.

Es la hoguera más grande, y como la verdad que representa, es insaciable y es eterna.

Es la muerte.

* *

Y cuando la heroína de mi historia, después del

paseo misterioso en brazos del hada, despertó, pudo sonreírse, con los últimos rayos de sol que moría en el ocaso, y pensar, sin miedo, en el próximo tránsito que la conducía, por fin, á la verdad y á la vida.

EMILIO DUGI.

(Dibujo de Triadó.)

JIRAS Y COLUMPIOS

Lo mismo en los claros y serenos días de invierno, como en los risueños primaverales y en las cálidas noches del estío, tienen lugar en Andalucía las alegres expediciones de jiras campestres, uno de los solaces más gratos á la gente del pueblo, y quizá el más pintoresco y animado para que expertos pinceles lo trasladen á los lienzos y hábiles dibujantes al papel.

Familias enteras se conciertan y convienen en disponer la diversión, y es cosa de ver en el interior de las casas de vecindad la animación y alegría que en todos los semblantes se marca mientras se hacen los preparativos desde la tarde víspera de la fiesta; y cuando el sol comienza á iluminar al siguiente día los grandes patios, de cada una de las pobres viviendas salen sus moradores ya ataviados; ellas, luciendo sus almidonados trajes de percal, sus pañuelos de seda de Manila y sus elegantes cabezas prendidas de rosas y de claveles; y ellos, con sus ajustados pantalones, sus chaquetas que adornan largos caireles de seda y sus sombreros de anchas alas, dispuestos ya para prevenir todos los últimos menesteres de la jira. Un grupo de muchachas ocúpase en llenar las cestas, otras enjuagan los platos y vasos en la fuente del patio, mientras que algunas, impacientes de alegría, suenan las panderetas y repiquetean los palillos.

El mozo guitarrista temple su instrumento sentado en un poyo; y los aficionados á las libaciones tantean el peso de la henchida bota, que contiene el vinillo de la hoja, á hurtadillas de sus compañeros, escondidos detrás de un pilar, en el cual se enlazan los retorcidos sarmientos de una parra ó los flexibles tallos de las cidras con sus anchas hojas y sus enormes frutos.

Todo es animación y alegría; los chiquillos juegan al toro ó saltan á la piola, asustando á las gallinas que picotean las hierbecillas del suelo y á los gallos que cacarean de miedo, poniéndose en salvo sobre las ramas de los árboles; por todas partes oyense frescas voces que cantan y estruendosas palmas, y muchachas que van de un lado á otro ocupadas en preparativos y mozos que las requiebran y otros que disputan de broma, hasta que suena la voz del director de la fiesta, ordenando la organización de la pintoresca comitiva, formada por numerosos grupos de mujeres y de hombres, de mozaletas y de chiquillos, conduciendo los últimos las espuelas y cestos con los comestibles y bebidas.

Una vez en el campo, ora se posesionan de algún sitio público alfombrado de verde hierba y á la sombra de los álamos ó de las acacias, ora sírveles de albergue cómodo caserío, dispuesto ya de antemano, y en el cual son recibidos con franqueza y alegría.

En los días de Pascua de Navidad y en todos los de fiesta del mes de febrero, puede decirse que más de una tercera parte de la población sale á disfrutar

de las delicias del campo en las grandes ciudades; divirtiéndose los que pueden con rumbo y esplendor, y los más pobres contentándose con una frugal merienda. Así es que basta salir del antiguo recinto de murallas de las capitales andaluzas para recrear la vista con el animadísimo espectáculo de los infinitos grupos que acuden á solazarse en estos amenos parajes.

Brilla el sol con singular esplendor en un cielo purísimo y azul que sirve de fondo á los blanquísimos caseríos de las huertas, y en el cual dibújense en toda su elegante esbeltez las altas palmeras y los cipreses que se balancean dulcemente al soplo de la brisa. Sobre los negruzcos aliares se ven posadas las parejas de cigüeñas que en ellos establecen sus grandes nidos, y rompiendo las líneas del horizonte, las cúpulas, espadañas y chapiteles de los templos. Sobre la verde alfombra esmaltada de esas mil florecillas silvestres que semejan riquísimo tapiz, establécense las alegres caravanas, y adondequiera que se dirige la vista hállanse los más animados grupos, formando grandes círculos, en cuyo centro resalta de pronto la figura elegantísima de la bailadora, con sus brazos levantados en torno de la cabeza, sonando los palillos estruendosamente y con vertiginosa rapidez, y moviendo al par su cintura y caderas, flexible como un junco, graciosa como una niña, provocativa como una bacante. De todas partes del corro la aplauden y jalean con el fuego de juvenil entusiasmo, dirigiéndole sin cesar requiebros chispeantes con toda la sal andaluza.

Crece la alegría y aumentan las palmas y chocan los vasos y el dorado líquido se derrama, y la algazara llega al frenesí, al delirio, al ver cómo la bailadora hiere el suelo con los tacones y puntas de sus zapatitos de charol, y más y más retuerce su cintura, echando al par hacia atrás su cabeza y lanzando entre sus entornados párpados, que sombrean las espesas pestañas negras, miradas soñolientas voluptuosas que despiertan en la mente un mundo de deseos y que nos hacen estremecer como al contacto de una chispa eléctrica.

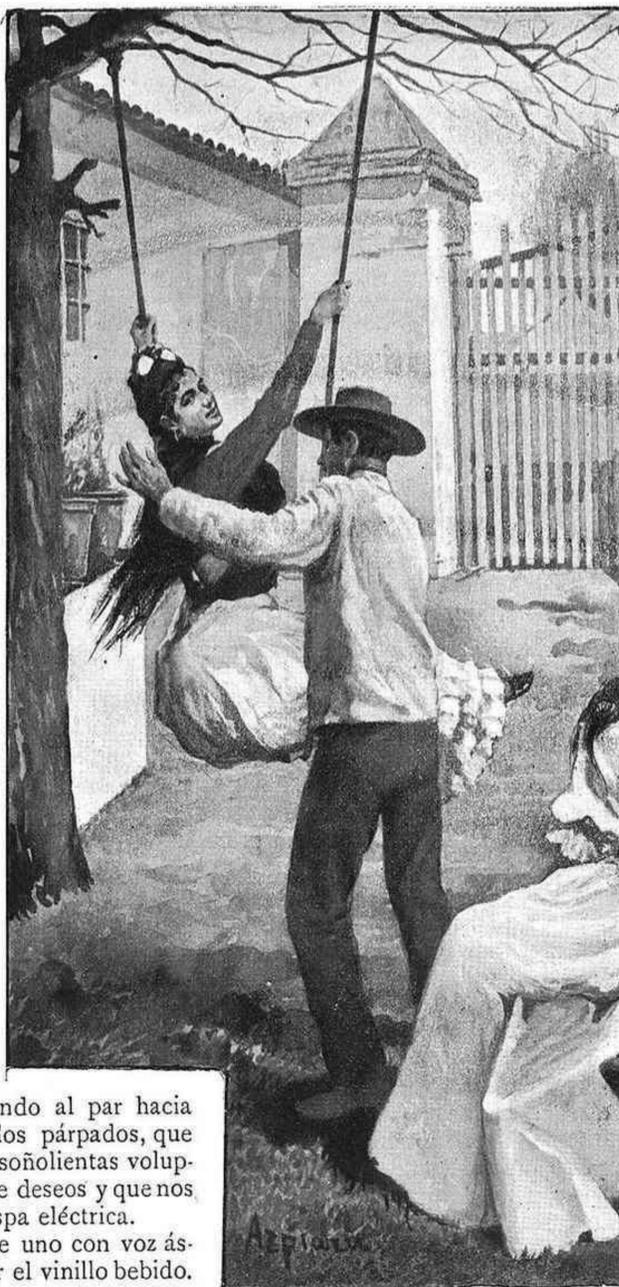
— ¡Qué hermosa eres, *mare* de mis ojos!, dice uno con voz áspera, casi afónico ya por lo que ha jaleado y por el vinillo bebido.
— ¡Duro! ¡Duro! ¡Ole las niñas voluntariosas!., exclama otro.
— ¡Ay, tu cuerpo santo *too* entero!, prorrumpen el de más allá.
— ¡Viva tu sangre! ¡Ole ya por las mujeres castizas!

Y con tales exclamaciones aumenta la juerga: la bailadora, ya jadeante, no se cuida de separar sus cabellos que casi le ocultan la frente, y sigue en su locura moviendo el cuerpo al compás de la guitarra, de las palmas, de los vasos y del alegre canto del jaleo ó de las malagueñas...

Escógense, como antes dije, en algunas épocas del año por los que proyectan una jira, el caserío de una huerta ó el corralillo de una venta, puntos en los cuales no faltan uno ó dos árboles de donde colgar un columpio, fiesta que es el remate de la jira y que divierte mucho á la gente moza.

No es posible hablar de columpios en Sevilla sin que acuda á la mente el recuerdo del inimitable cuadro que describió con pluma de oro el más soñador de nuestros poetas, el inmortal Bécquer, en su cuento de *La Venta de los gatos*. Helo aquí: «La noche comenzaba á cerrar, obscura y tristísima. El cielo estaba negro y el campo lo mismo. *De los brazos de los árboles pendía aún, medio podrida, la soga del columpio, agitada por el aire*; me pareció la cuerda de una horca oscilando todavía, después de haber descolgado á un reo.» Es muy posible que la generalidad de las gentes no encontrará motivo para impresionarse con el citado parralillo, y por mi parte no dudo de que tendrán razón, y de que yo seré el *fantaseador*, el que ve en aquellas frases *algo* más de lo que quieren decir. Confieso que si me piden explicación no sabré darla; pero convengamos en que hay muchas cosas que no pueden ser explicadas, aunque sí sentidas profundamente.

En los días tristes del invierno á que antes me refería, cuando el cielo se



JIRAS Y COLUMPIOS (dibujo de Salvador Azpiazu)



JIRAS Y COLUMPIOS (dibujo de Salvador Azpiazu)

muestra de un color plomizo, cuando los horizontes se pierden en los vapores de la húmeda bruma, la cual envuelve, como en tenue gasa blanca, las copas de los árboles que conservan hojas, al ver *las podridas cuerdas* del columpio, surge instantáneamente en mi cerebro el animadísimo y alegre cuadro de los días espléndidos iluminados por el sol, en que juveniles grupos acudieron á aquel paraje para divertirse, derrochando la belleza, la gracia y el ingenio.

¡Cuántos amores brotaron bajo las copas de aquellos árboles, cuántas diversas impresiones se experimentaron, cuántas esperanzas nacieron y cuántas ilusiones perdiéronse para siempre en aquellas serenas y hermosas tardes!..

Locura sería interrogar á las *podridas cuerdas*. Pero á ser posible, ¡qué historias tan alegres y tan tristes las que podrían contar, repitiendo sólo las coplas que se cruzaban entre *la niña que estaba en la bamba* y entre los mozos que la impulsaban.

Una tarde detúveme junto á un grupo animadísimo, que había establecido el columpio entre dos hermosos álamos. La muchacha que mecían era alta, rubia, con los ojos azules, rasgados y adormecidos por la sombra de sus grandes pestañas. Cuando se subió al columpio, destacóse rápidamente del grupo de los hombres un mozo, y quitó de las manos á otro la cuerda que tenía para mecer.

Cuando ya había tomado bastante vuelo, cantó el muchacho:

La niña que está en la bamba
Parece un piñón de oro,
Le quisiera preguntar
Si es casada ó tiene novio.

Ella, muy conocedora de las cualidades del cantador, contestó:

La niña que está en la bamba
Se parece á San Antonio,
Y ese que la está meciendo
Al mismísimo demonio.

Así de esta suerte ambos sostuvieron ingenioso diálogo durante todo el tiempo que ella permaneció en el columpio; sin darse á partido, antes bien *tomándole el pelo* y *pitorreándose* de sus pretensiones.

Aquella divertida y alegre fiesta concluyó en espantosa tragedia, según supe al siguiente día.

A las insistencias del mozo, continuó ella correspondiendo con la misma *guasita*.

Notáronla los demás, y en vez de calmarlo, caldearon su cerebro á fuerza de puyas y de timos, y cuando vino la noche y todos se dispusieron á volver á sus casas, él, que tenía *mu mala bebia*, como dijeron las vecinas del barrio, *le*

partió el corazón de una puñalada.

He vuelto á pasar algunas veces por aquel sitio, y siempre me he detenido delante de los árboles. El cuadro del columpio en aquella tarde no se ha borrado de mi imaginación.

Lo recuerdo con todos sus pormenores, y si yo fuese dibujante me atrevería á trasladarlo al papel.

La figura interesantísima de la muchacha rubia con ojos azules, á la cual yo miraba y admiraba con verdadero encanto, está tan viva en mi mente como si no hubiesen pasado años.

¡Qué lejos estaba yo de pensar aquella tarde que su cuerpo airoso y gentil, que sus carcajadas, que sus alegrías y que su envanecimiento femenino al verse tan solicitada, habrían de

haber terminado, pocas horas después de aquella algazara, en la mesa del anfiteatro del hospital, para que la ley fuese cumplida con el repugnante requisito de la autopsia!..

J. GESTOSO Y PÉREZ.



MENSAJERA DEL INVIERNO, cuadro de Gastón Linden

EL OCASO DE LOS DIOSES

Cuando llegue el presente número á manos de nuestros suscriptores, se habrá estrenado en el teatro del Liceo la última parte de la tetralogía wagneriana *El anillo del Nibelungo*.

El ocaso de los dioses es digno remate de la magnífica, de la imponderable creación del inmortal



El maestro FRANCISCO FISCHER, director de orquesta de la Casa Real de Baviera, bajo cuya dirección se ha puesto en escena en el teatro del Liceo la ópera «El ocaso de los dioses.»

maestro de Bayreuth, de ese hermoso drama musical en que las bellezas del poema corren parejas con las sublimidades de la partitura. En esta ópera se condensa toda la idea filosófica que preside en la concepción grandiosa y se sintetiza el pensamiento en que la música se inspira; es el coronamiento de la obra que comenzando por los plácidos cantos de las gentiles hijas del Rhin, guardadoras del oro por todos ambicionado que dará el poderío del mundo á quien logre alcanzarle, termina con los tristes acantos del entierro de Siegrido, el héroe de la leyenda, y con las apasionadas notas de Brunhilda al arrojar-se en la pira en donde se consume el cuerpo de su bien amado.

El argumento de *El ocaso de los dioses* es el siguiente.

En el cuadro primero del prólogo, las tres Nornas ó Parcas, hijas de Erda, van recogiendo la cuerda que simboliza la vida y el destino de los hombres, mientras una á otra se refieren los hechos del pasado y los que vislumbran en el porvenir enlazados con la existencia de los dioses. De pronto la cuerda se rompe, y las Parcas, ciñéndose los cuerpos con los restos de la misma, lamentan que se haya acabado

bastardo Hagen, hijo como él de la reina Grimilda y del Nibelungo Alberico. Hagen sólo piensa en la muerte de Siegrido y en apoderarse del famoso anillo, y concibe el proyecto de casarlo con Gutruna, hermana del rey, valiéndose para ello de un brebaje que ésta heredó de su madre, y que ha de hacer que quien lo beba se enamore de ella y olvide á las demás mujeres por mucho que las haya querido. Llega á la corte Siegrido, y al beber el amoroso filtro queda prendado de Gutruna y la pide por esposa á Gunter, el cual se la concede mediante la condición expresa de que le entregue á Brunhilda, en lo que Siegrido consiente.

En el segundo cuadro, Brunhilda espera ansiosa el regreso de Siegrido, cuando oye el galope de un caballo: es el que conduce á Waltrauta, la walkiria su hermana, la cual le conjura á que devuelva á las

brazos de otra, le increpa, sin que sus lamentaciones hagan mella en el ánimo de aquél, y jura por la lanza de Hagen tomar terrible venganza. También Hagen y Gunter juran la muerte de Siegrido para apoderarse del anillo.

En el cuadro primero del tercer acto, las hijas del Rhin lamentan la pérdida del oro que iluminaba las profundas moradas. Al presentarse Siegrido, que se ha separado de sus compañeros de caza, le piden el anillo, y negándose él á dárselo, le dicen que sobre la joya pesa una maldición y que para destruir los efectos de ésta el único recurso es que se lo entregue para que su oro purísimo vuelva á iluminar el fondo de su mansión, anunciándole además que aquel anillo será causa de su muerte y que le matarán con una lanza por la espalda. Llegan Hagen y sus compañeros, á quienes el héroe cuenta las aventuras y hazañas

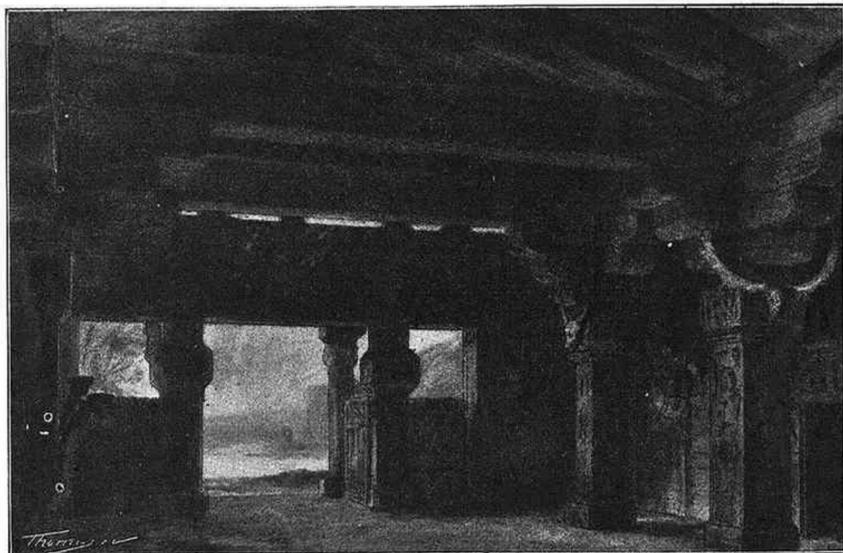


«EL OCASO DE LOS DIOSES» EN EL LICEO DE BARCELONA. — Decoración del prólogo y del segundo cuadro del acto primero, pintada por Olegario Junyent

hijas del Rhin el anillo del Nibelungo, único medio de que no perezcan los héroes y dioses del Walhalla y de libertar al mundo de la maldición que sobre él pesa. Brunhilda se niega á ello, diciendo que ya no pertenece á la estirpe de los dioses, que es una mujer mortal y que se ha entregado á un hombre á quien ama entrañablemente. Máchase Waltrauta y aparece un guerrero, cubierta la cabeza con un yelmo que

de su vida, cuando de pronto cae mortalmente herido por la lanza del bastardo: éste se aleja, y Gunter y sus vasallos se llevan el cadáver de Siegrido.

En el segundo cuadro, Gutruna comprende la traición de que ha sido víctima su esposo, y ella y Gunter se oponen á que Hagen se apodere del anillo que todavía brilla en el dedo del héroe. Brunhilda,



«EL OCASO DE LOS DIOSES» EN EL LICEO DE BARCELONA. Decoración del primer cuadro del acto primero, pintada por Félix Urgellés

el eterno saber y desaparecen volviendo al seno de su madre.

En el cuadro segundo, Siegrido se despide de Brunhilda para ir á realizar, aconsejado por ésta, nuevas heroicas empresas: antes de partir, entrégale el anillo que arrebató á Fafner, y ella á su vez le da el caballo Grane que, si bien no se remontará ya á las tempestuosas nubes, le conducirá adondequiera que lo lleve, aunque sea al través del fuego. Siegrido se aleja y Brunhilda le contempla largo rato desde lo alto de una peña.

El primer cuadro del acto primero se desarrolla en la corte de los Guibijungos, donde reina Gunter, hombre bondadoso, pero dominado por su hermano

sólo deja descubiertos los ojos: es Siegrido que ha tomado la figura de Gunter y que pide á la walkiria el anillo y le exige que se case con él. Recházale Brunhilda indignada, y entáblase entonces desesperada lucha que termina apoderándose Siegrido de la joya codiciada y llevándose consigo á la que la guardaba.

En el segundo acto, el Nibelungo Alberico induce á Hagen á que mate á Siegrido y recobre el anillo, con lo que se evitarán al mundo muchos males; Hagen le promete cumplir sus deseos, si bien ocultando que quiere el anillo para sí. Se van á celebrar las bodas de Gunter con Brunhilda y de Siegrido con Gutruna, y la walkiria, al ver á su bien amado en

que escondida detrás de los árboles oía la contienda, sale de pronto, y diciendo quién es, reclama la joya para sí; y después de ensalzar las hazañas de Siegrido y de predecir la ruina del Walhalla, hace colocar el cadáver de aquél en la pira, le despoja del anillo que devuelve á las hijas del Rhin y se lanza á la hoguera cuyas llamas devoran la mansión de los dioses.

Sobre este argumento escribió el inmortal maestro una de sus más hermosas partituras, en la cual, como al principio hemos dicho, se sintetiza el pensamiento musical en que se inspira la tetralogía y aparecen magistralmente evocados los principales motivos de las tres óperas que la preceden.

Sin pretender hacer un juicio ni siquiera una ex-



«EL OCASO DE LOS DIOSES» EN EL LICEO DE BARCELONA. Decoración del acto segundo, pintada por Olegario Junyent

posición de esa partitura, señalaremos los principales números de la misma.

Comienza la obra con el canto de las Nornas, canto misterioso, solemne, triste, en el que se desarrollan principalmente los motivos del ocaso del poderío de los dioses y al cual suceden los apasionados acentos del final de *Siegfrido*: el dúo entre éste y Brunhilda es como una continuación del que pone término a la ópera anterior; es un diálogo apasionado, lleno de entusiasmo, rico en brillantes imágenes,

intensísimo, que produce; aquellos acentos tristes, aquellos acordes de una sonoridad mágica, aquellas notas que á veces parecen estridentes, aquella plenitud orquestral, sobrecogen el ánimo del que escucha é indican por modo maravilloso el fin del héroe, del vencedor de los mismos dioses. Termina el acto con el sacrificio de Brunhilda, la destrucción del palacio de Gunter y la ruina del Walhalla; siendo aquella escena final bellísimo remate de la obra en que las notas dramáticas, sentidas, tiernas, de la walkiria, que-

Nacional de aquella ciudad, que conservó hasta 1874. Un año después lo encontramos en Bayreuth estudiando la tetralogía *El anillo del Nibelungo* bajo la dirección del gran maestro, el cual, habiéndole oído un día por casualidad ejecutar de memoria al piano toda la escena de la «Montaña de Venus» del *Tannhäuser*, quedó sorprendido ante la magistral ejecución y le designó para acompañar en aquel instrumento los ensayos de sus óperas en el teatro de aquella población.

Durante las representaciones de la tetralogía en 1876 en Bayreuth, ocupó Fischer el mismo cargo, y al año siguiente acompañó á Wagner á Londres y á fines del mismo año se encargó de la dirección de la orquesta del teatro de Mannheim por recomendación especial del maestro, quien le apreciaba tanto más cuanto que sabía mejor que nadie cómo Fischer conocía y comprendía el estilo de su obra: allí dirigió *La Walkiria* y *El oro del Rhin*.

En 1880 pasó á Munich, en donde como director de orquesta del teatro Real puso en escena todas las obras de Wagner, y en 1882 fué uno de los directores escogidos por éste para dirigir *Parsifal*, que con éxito asombroso se estrenó aquel año en Bayreuth; en 1883 y 1884 dirigió nuevamente esta última creación wagneriana, y desde entonces ha sido su carrera una serie no interrumpida de triunfos.

En la actualidad es director de orquesta de la Casa Real de Baviera, y está con razón considerado como uno de los más fieles y sabios intérpretes de las obras de Wagner.

El maestro Fischer además ejecuta en el piano las óperas de aquel genio inmortal de un modo tan maravilloso, tan personal, tan completo, que oyéndolo cesan todas las preocupaciones que puedan existir contra la trasplatación de tales obras á la sala de conciertos. La exposición en aquel instrumento de fragmentos de las partituras wagnerianas es una especialidad privativa de Fischer, quien, como discípulo personal de Wagner, está como pocos iniciado en las intenciones del maestro, pues su educación artística se formó al par de las creaciones más recientes de éste, y compenetrada con ellas alcanzó su desarrollo.

La personalidad artística de Fischer es la que da á estas ejecuciones una especie de prestigio histórico, y apenas se hallará quien ni aproximadamente logre igualarle en el arte de presentar separadas las voces de canto y de orquesta, como tampoco en el de marcar característicamente en el piano la entrada de los distintos instrumentos; presentando en su justo



«EL OCASO DE LOS DIOS» EN EL LICEO DE BARCELONA
Decoración del primer cuadro del acto tercero, pintada por Félix Urgellés

que acaba con la despedida del héroe, quien, al separarse de su amada, deja oír los toques de su trompa de caza, que se van perdiendo á medida que aquél se aleja.

En el intermedio musical que precede al primer acto, la orquesta describe de una manera admirable el viaje de Siegfried, el momento en que atraviesa el círculo de fuego que rodea la peña de la Walkiria, el canto de las hijas del Rhin y el motivo del oro.

En el acto primero, que empieza con el contraste entre el sombrío tema de Hagen y el valiente y decidido que anuncia la corte de Gunter, sobresalen la salida de Siegfried y la escena en que éste bebe el filtro que le presenta Gutruna: en esta última, el héroe, antes de beber, dedica un recuerdo á Brunhilda y la orquesta hace oír de nuevo dos de los más importantes motivos del dúo final de *Siegfrido*. Otro de los momentos culminantes de este acto es el del juramento por el cual se obligan el héroe á conquistar para Gunter á la walkiria dormida entre las llamas y Gunter á concederle en pago la mano de Gutruna.

En el segundo cuadro, tras la escena en que Brunhilda, contemplando el anillo, recuerda al que se lo ha dado, desarróllase el grandioso dúo entre aquélla y Siegfried que, habiendo tomado la apariencia de Gunter, lucha con ella hasta arrebatarle la joya, mientras la orquesta repite el tema del olvido producido por el filtro de Gutruna, y el del amor de la walkiria.

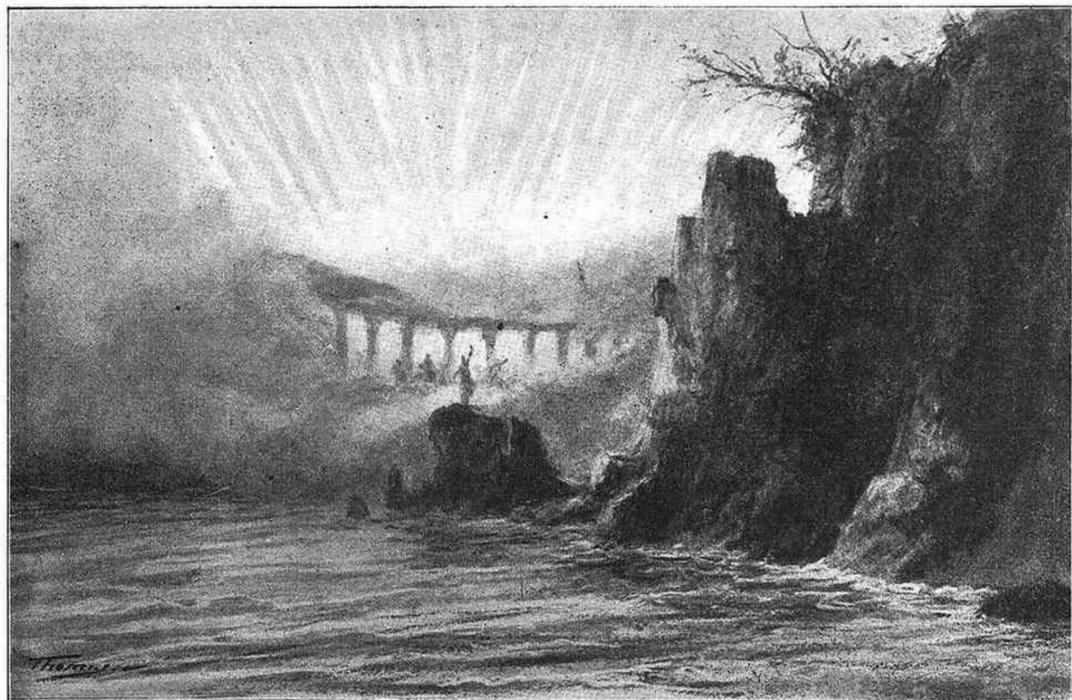
Comienza el segundo acto con un hermosísimo trozo de música descriptiva que acompaña los acentos siniestros de Hagen; es el paso de las sombras de la noche á la luz del día, que la orquesta señala por medio de un *crescendo* maravillosamente conducido. Sigue á esto la llegada de Siegfried y después la aparición de Brunhilda, que es de un efecto indescriptible. De grandioso efecto son también el reconocimiento de Siegfried por Brunhilda, durante el cual la orquesta hace oír los motivos del anillo, de la maldición, de la traición de Hagen, del olvido y del Walhalla, y el juramento con que el acto termina.

Al comenzar el acto tercero, las hijas del Rhin entonan su plañidero canto, impregnado de melancólica poesía; es una página melódica, delicada, de un efecto imponderable. El *racconto* de Siegfried constituye indudablemente uno de los más bellos fragmentos de *El ocaso de los dioses*: durante el mismo, la orquesta apunta los principales motivos de la tercera parte de la tetralogía, dominando entre ellos los de la forja de la espada y los murmullos de la selva. Pero la página más grandiosa, más sublime, no sólo de este acto y de toda la ópera, sino que también quizá de todo *El anillo del Nibelungo*, es la marcha fúnebre; cuanto se diga en ponderación de esta pieza ha de resultar débil al lado del efecto real, hondo,

dan ahogadas por los terribles y majestuosos acordes que anuncian el acabamiento de una divina raza.

Las decoraciones de *El ocaso de los dioses*, obra de los Sres. Urgellés y Junyent, que reproducimos en esta página y en la anterior, se ajustan perfectamente al carácter de la ópera y están hábilmente dispuestas y pintadas con gran acierto, y no es aventurado asegurar que producirán el efecto debido.

El maestro Francisco Fischer, bajo cuya dirección



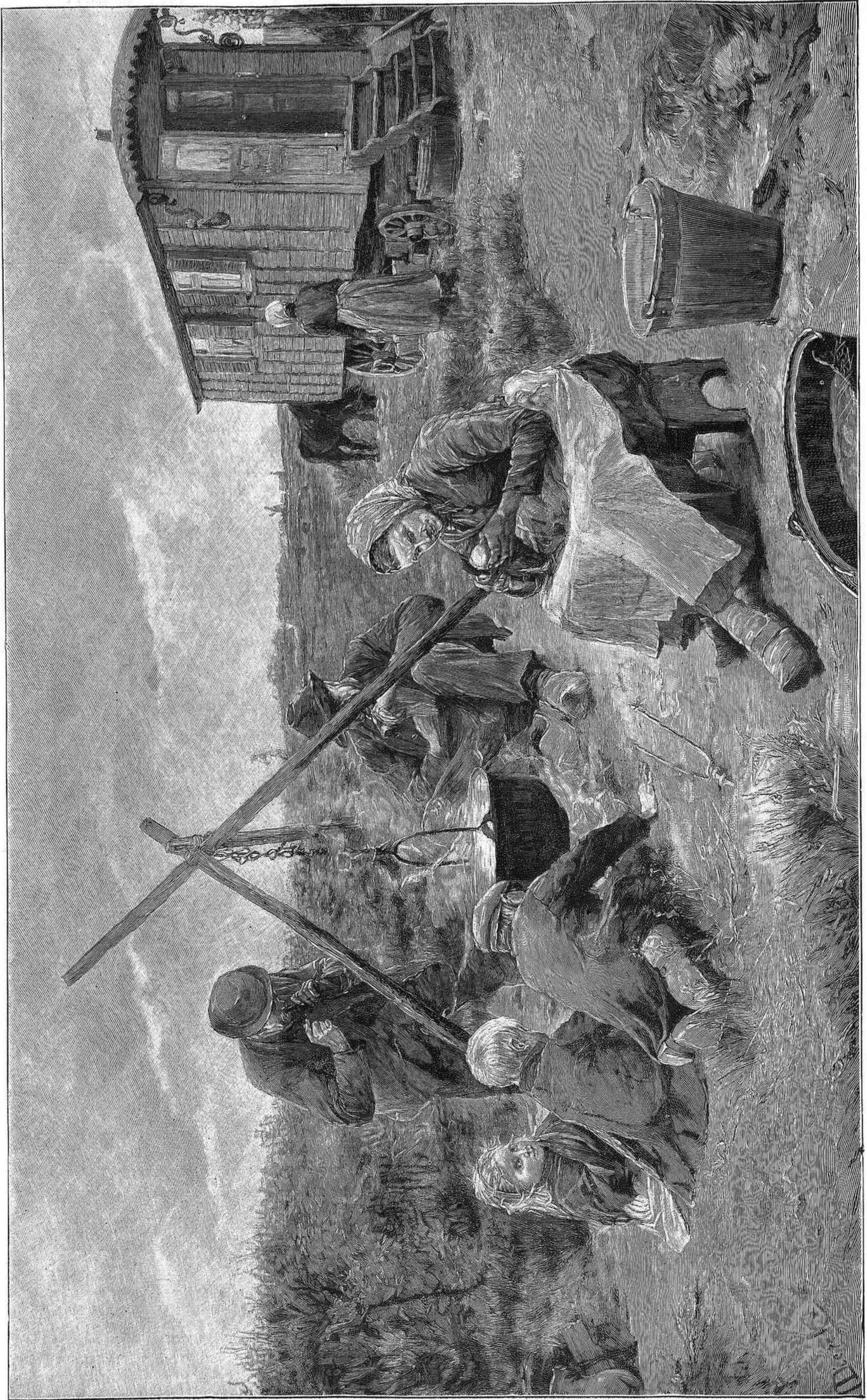
«EL OCASO DE LOS DIOS» EN EL LICEO DE BARCELONA
Decoración final, pintada por Félix Urgellés

ha sido puesta en escena la ópera de Wagner en el Liceo, nació en Munich en 29 de julio de 1849, y aunque sus padres lo destinaron desde muy niño al comercio, recibió lecciones de piano á los nueve años y de violoncelo á los doce, no tardando en dominar ambos instrumentos como un verdadero concertista.

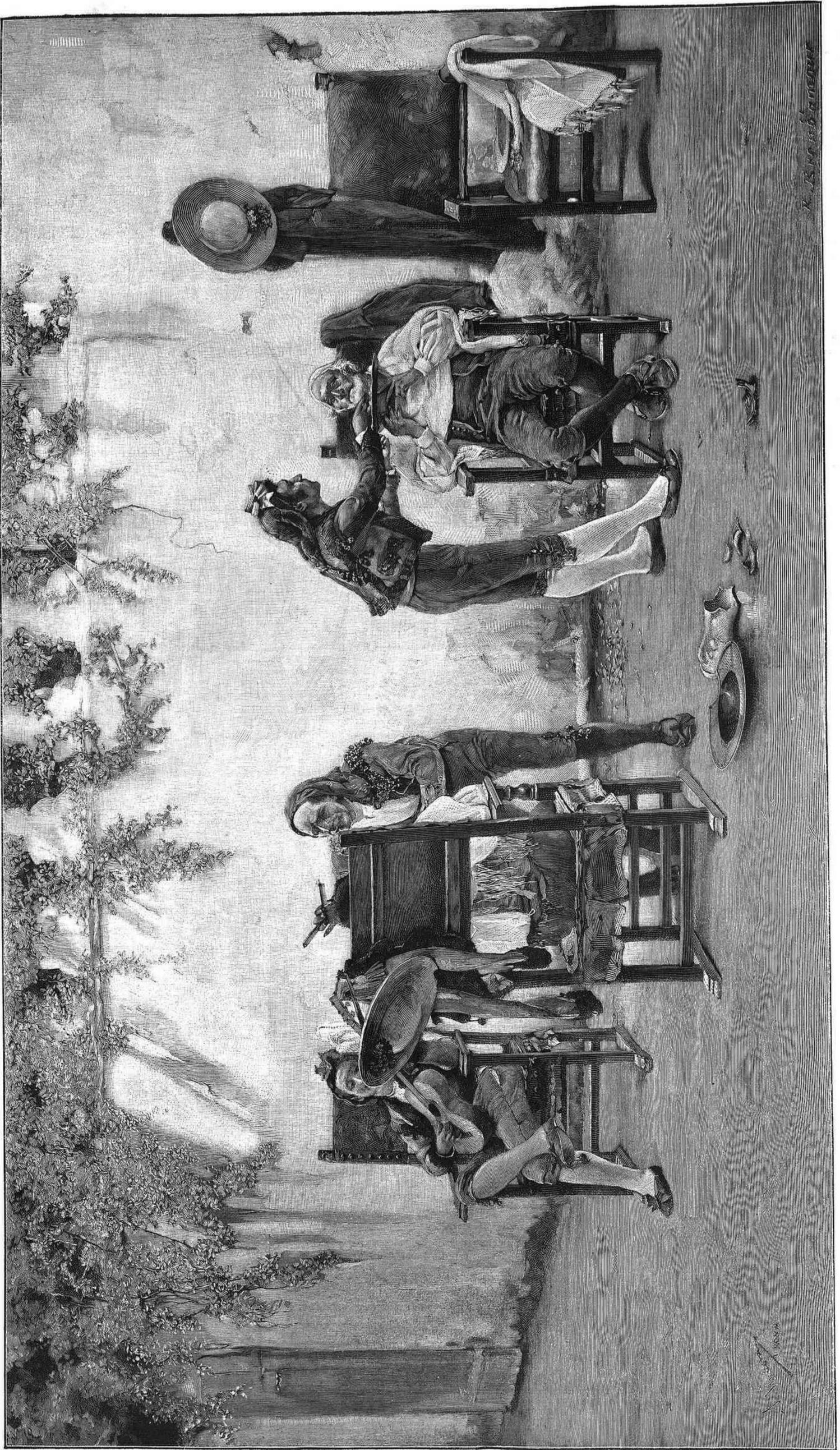
Su entusiasmo por la música hizo vencer cuantos obstáculos se oponían á sus aficiones, y al fin pudo dedicarse por completo al cultivo del arte. En 1871 llegó á tal punto su perfeccionamiento en los estudios de violoncelo, que le enseñaba el célebre Muller, que logró llamar la atención de Hans Richter, en aquel entonces director de orquesta de Budapest, quien le ofreció el cargo de primer solista en el teatro

valor, no sólo la construcción musical, sino además el elemento acústico, y siendo su estilo tan correcto y tan puro que muchas composiciones no sólo aparecen más claras y más comprensibles, sino que en algunos momentos producen, si cabe, mayor efecto que en el teatro, porque la atención únicamente ha de fijarse en la idea musical, sin que la distraigan los efectos escénicos.

No terminaremos este artículo sin dedicar un entusiasta aplauso á la empresa del Liceo, gracias á cuyos esfuerzos ha podido el público de Barcelona ver representadas las mejores creaciones del coloso de la música del siglo XIX. — R.



DESCANSO EN LA ESTEPA, cuadro de Pedro Jacobo Dierckx



BARBERÍA AL AIRE LIBRE, cuadro de Salvador Viniegra

NUESTROS GRABADOS

Monumento á Cromwell, obra de F. W. Pomeroy.—Este monumento, inaugurado en 23 de octubre último en Saint-Ives, ciudad en donde pasó la primera parte de su existencia Oliverio Gromwell, ha sido costeado por suscripción pública. Mr. F. W. Pomeroy ha modelado con gran acierto la estatua del Protector de la República de Inglaterra, de quien con razón se ha dicho que con Marlborough y Wellington forma la gran tríada de ingleses que han sido tan eminentes en la guerra como en la paz, tan ilustres generales como hombres de Estado.

Monumento á Gladstone, obra de Mario Raggi.—El día 24 de octubre último se inauguró solemnemente en Manchester este monumento dedicado al eminente hombre público que fué el alma del partido liberal inglés y el defensor elocuente de todos los pueblos oprimidos. Los fondos para la construcción del mismo han sido facilitados por un admirador de Gladstone, Mr. Guillermo Roberts, de Manchester, y la obra ha sido ejecutada por el escultor Mario Raggi: la estatua, que es de bronce, está modelada sobre un croquis que él mismo hizo del político ilustre mientras éste pronunciaba en la Cámara de los Comunes su famoso discurso sobre el *home rule*.

Retrato pintado por Franz Hals.—En distintas ocasiones nos hemos ocupado de este eminente pintor flamenco que floreció á principios del siglo XVII. Franz Hals fué el primer gran maestro de la escuela holandesa y ejerció influencia grandísima en aquella pintura, haciéndose famoso especialmente por sus retratos, modelos en su género: hay en ellos, aparte de la perfección técnica, lo que es más difícil de conseguir al tras-

Por esto las obras de Franz Hals se conservan como preciadas joyas en los principales museos del mundo, y en el estudio de las mismas han encontrado provechosas enseñanzas los pintores de todos los tiempos. El retrato que en el presente número

conciencia la obra wagneriana por medio del análisis poético, musical y filosófico de las obras escénicas y teóricas de Ricardo Wagner, así como de todas las que directa ó indirectamente hayan tenido influencia ó vengan á ser derivación de las mismas; preparar la realización práctica de dicha obra fomentando la formación de artistas catalanes aptos para su ejecución, valiéndose de una Escuela de canto y declamación catalana en donde se enseñen el estilo y la interpretación del drama lírico; y propagar y desarrollar las ideas wagnerianas inculcando la afición á su estudio por medio de traducciones de las obras de Wagner y de sus mejores comentaristas, y fundando una revista wagneriana.

En las primeras sesiones celebradas por la «Asociación» en la magnífica sala de conciertos de la fábrica de pianos de los hermanos Chassigne, D. Salvador Vilaregut ha leído su traducción catalana del *Ocaso de los dioses*, y D. Joaquín Pena, presidente de la asociación, ha dado conferencias explicativas de dicha ópera con ilustraciones musicales ejecutadas al piano por el maestro don Antonio Ribera, quien además tocó el prólogo del famoso drama musical, última parte de la tetralogía de *El anillo del Nibelungo*, mereciendo todos grandes aplausos.

LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA felicita con entusiasmo á la naciente asociación y le desea el mayor éxito en el logro de sus levantados propósitos, que pueden contribuir mucho á desenvolver la cultura musical de nuestro público.

Salón París.—Se han expuesto recientemente varios cuadros al

óleo del marinista argentino Sr. Larravide, en los que se reproducen varios buques de guerra y transatlánticos de gran porte con mucha fidelidad y riqueza de color. En los lienzos en que el autor ha agrupado varios barcos, la composición es excelente; siendo de notar, como cualidades pictóricas, en dichas obras, la destreza en interpretar la perspectiva aérea y luminosa.

BUENOS AIRES.—En el concurso de carteles artísticos anunciadores de la fábrica de cigarrillos «Paris» ha obtenido el tercer premio nuestro paisano el eminente pintor Ramón Casas. Los premios primero, segundo y cuarto han sido otorgados á artistas italianos.

Teatros.—Barcelona.—Se ha estrenado con buen éxito en el Eldorado *El género ínfimo*, pasillo en un acto de los hermanos Sres. Alvarez Quintero con música de Valverde (hijo) y Barrera. En el Principal sigue actuando con buen éxito la compañía dramática que dirigen el Sr. Sánchez de León y la señora Lamadrid.



Monumento recientemente inaugurado en Saint-Ives (Huntingdonshire, Inglaterra) á la memoria de CROMWELL, obra de F. W. Pomeroy

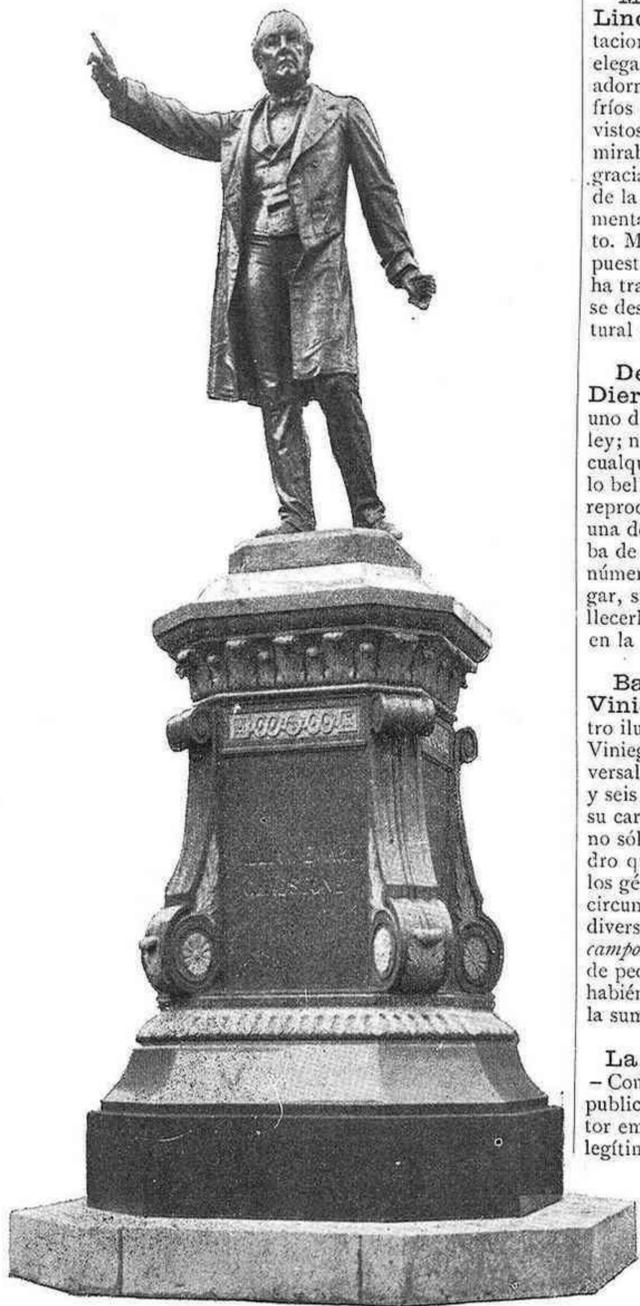
publicamos es una verdadera maravilla, y no necesitamos elogiarlo, porque á cualquiera que lo contemple, han de llamarle poderosamente la atención las infinitas bellezas que contiene.

Mensajera de invierno, cuadro de Gastón Linden.—Desde el punto de vista de la moda, todas las estaciones tienen sus atractivos especiales; así es que las mujeres elegantes lo mismo sacan partido de los estivales calores para adornarse con vaporosos trajes de colores alegres, que de los fríos del invierno para cubrir sus cuerpos con las más ricas y vistosas pieles y con los abrigos más airosos. La joven tan admirablemente pintada por Gastón Linden es un portento de gracia y de elegancia, es un figurín en el más elevado sentido de la palabra, es decir, un conjunto de perfecciones de indumentaria, concebido y combinado por un artista del mejor gusto. Mas no es esto lo único que debemos alabar en este cuadro, puesto que mayores elogios merece el arte con que el pintor ha trazado ese rostro bello y expresivo que al través del velo se descubre y ha sabido colocar la figura en una actitud tan natural como encantadora.

Descanso en la estepa, cuadro de Pedro J. Dierckx.—El notable pintor belga autor de este cuadro es uno de los mejores representantes del naturalismo de buena ley; no se satisface con copiar lo que ve, como puede hacerlo cualquiera máquina fotográfica, sino que busca en la naturaleza lo bello y cuando encuentra algo que de veras le hace sentir lo reproduce, imprimiendo en su obra ese sello personal que es una de las características del verdadero artista. Véase en prueba de lo que decimos el cuadro suyo que publicamos en este número, y se comprenderá que su autor no es un realista vulgar, sino un poeta que si se inspira en la realidad sabe embellecerla, ó por lo menos hacer que se destaquen las bellezas que en la verdad se encierran.

Barbería al aire libre, cuadro de Salvador Viniegra.—Ocioso nos parece encomiar una vez más á nuestro ilustre compatriota, autor de este cuadro: la reputación de Viniegra está perfectamente consolidada y sus talentos son universalmente reconocidos. Desde que en 1879, á la edad de diez y seis años, alcanzó la primera recompensa, hasta el presente, su carrera es una serie no interrumpida de triunfos obtenidos, no sólo en España, sino que también en el extranjero. El cuadro que hoy reproducimos es un hermoso ejemplar de uno de los géneros que Viniegra cultiva, pues el notable pintor no se circunscribe á un género único, sino que sobresale en los más diversos, como lo prueban *El primer beso*, *La bendición del campo* y *La capilla de los toreros*. *Barbería al aire libre*, cuadro de pequeñas dimensiones, ha sido muy admirado en Alemania, habiéndolo vendido su autor á un aficionado de aquel país por la suma de 6.250 pesetas.

La buena nueva, cuadro de Domingo Morelli.—Como en el número 1.030 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA publicamos un detenido estudio biográfico-crítico de este pintor eminente fallecido hace poco, que es una de las glorias más legítimas del arte italiano contemporáneo, omitimos hoy hacer ninguna consideración sobre el hermoso lienzo *La buena nueva*, que es una demostración más de la originalidad y de la maestría con que Morelli supo tratar el género religioso y en especial los episodios de la vida de Jesús.



Monumento recientemente inaugurado en Manchester á la memoria de GLADSTONE, obra de Mario Raggi

ladar al lienzo los rasgos fisonómicos de una personalidad, á saber: la vida que ha de animar el retrato, la expresión justa que ha de revelar el carácter y el modo de ser del retratado.

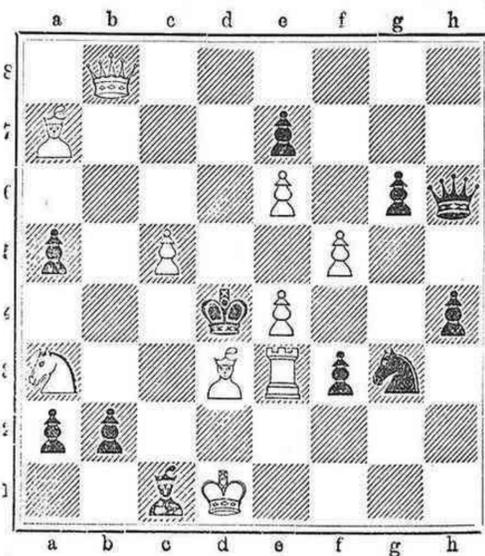
MISCELÁNEA

Bellas Artes.—Barcelona.—Se ha constituido en nuestra capital con el título de «Asociación Wagneriana» una asociación cuyo objeto, según los estatutos aprobados, es reunir á todos los admiradores del arte de Ricardo Wagner para la realización de los fines siguientes: estudiar á

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 261, POR M. FEIGL.

NEGRAS (11 piezas)



BLANCAS (10 piezas)

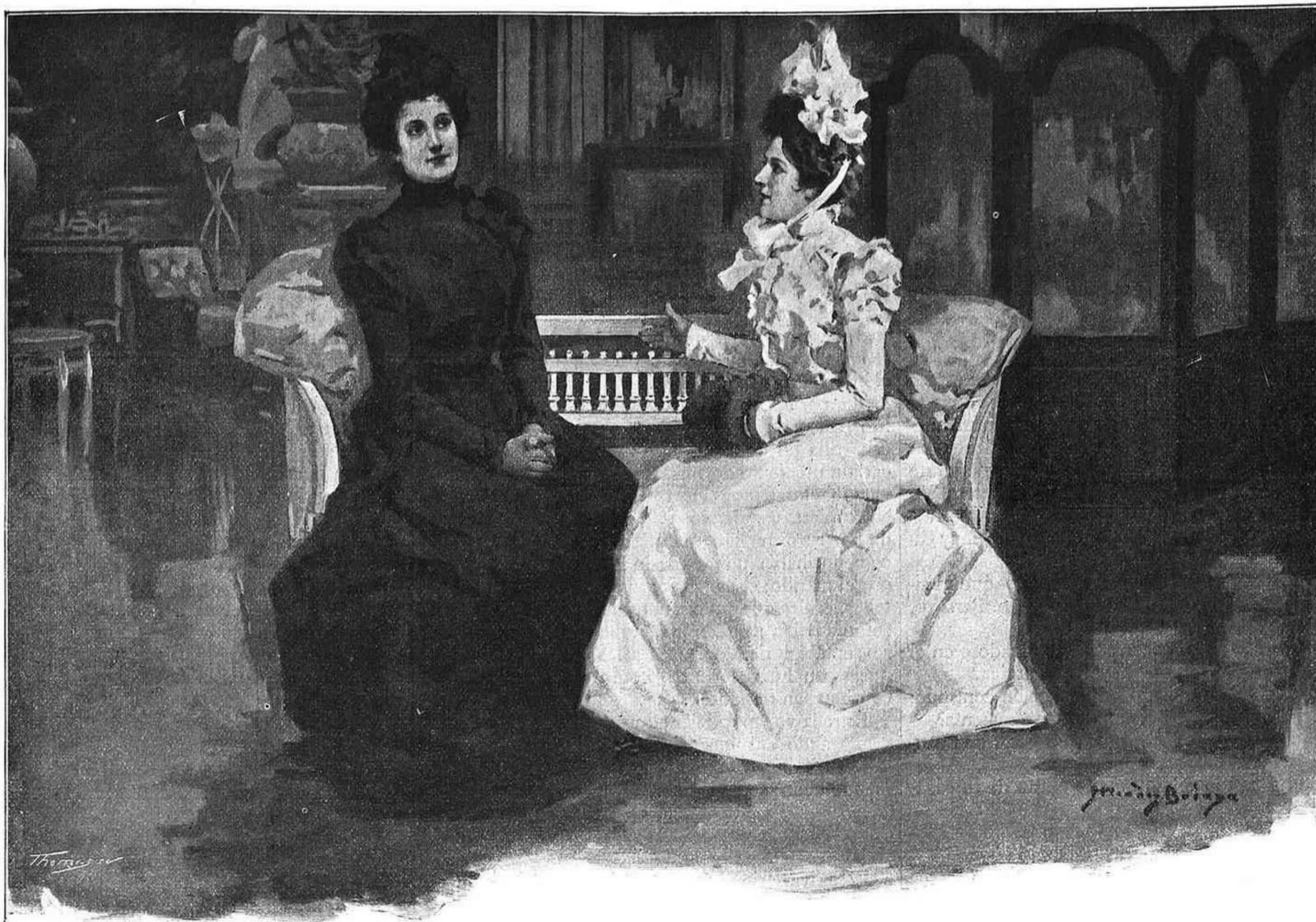
Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 260, POR J. KESL.

- | | |
|-----------------|-------------|
| Blancas. | Negras. |
| 1. A f8—g7 | 1. Ab5—d3 |
| 2. Cf6—e8 jaque | 2. Re5—e6 |
| 3. Ce8—c7 jaque | 3. R juega. |
| 4. D mate. | |

VARIANTES

- 1.. Re5—d4; 2. Cf6—d7 jaq., Rd4—c4; 3. Cd7—b6 jaq., etc.
 1.. d7—d5; 2. Cf6—c4 jaq., Re5—e6; 3. Ce4—e5 jaq., etc.
 1.. Re5—e6; 2. Df3—c4 jaq., Re6—f7; 3. De4—e8 jaq., etc.
 1.. Re5—d6; 2. Df3—c4, Cualquiera; 3. Ag7—f8 jaq., etc.
 1.. Otra jug.; 2. Df3—c4 jaq., Re5—d6; 3. Ag7—f8 jaq., etc.



Las dos mujeres se abrazaron, sentándose luego una al lado de otra...

UN MISTERIO

NOVELA POR HENRY GREVILLE. - ILUSTRACIONES DE MÉNDEZ BRINGA

(CONTINUACIÓN)

Benoist, solo en su gabinete, que recorría con paso febril de uno á otro extremo, se apretó la frente con las manos, implorando lá piedad de su amigo muerto.

- Soy un miserable, exclamó; pero perdóname. ¡Sufro cruelmente! ¡Ya lo ves: llego al extremo de injuriarte porque tengo la desgracia de amar á tu esposa!

XXIII

Una mañana, á eso de las diez, Mad. de Beaurand, sentada en su escritorio, hallábase revisando las cuentas correspondientes al mes que acababa de terminar. Novicia aún en esta tarea, practicábala con un fervor y una conciencia verdaderamente de neófito, estudiando y comprobando los más insignificantes pormenores como si fuesen intrincadísimos negocios de Estado.

«¡Qué desgracia! - pensó deteniendo su vista en mitad de una columna de cifras, - ¡qué desgracia es realmente ser tan rica! No sabiendo qué hacer del dinero, se gasta en cosas inútiles! ¿De qué me sirven este gran hotel, con tantos criados, y esos caballos que hay en las cuadras? ¿No sería igualmente feliz en una casa la mitad menos grande, con un personal más reducido y con no tan suntuosos carruajes?»

En aquel instante acudió á su memoria el agradable encuentro que había tenido un día en una carretera de Borgoña, cerca del castillo de Polrey. En una pequeña *charrette* inglesa, tirada por una veloz jaquita enjaezada con sumo gusto, con correaes de cuero amarillo y adornos de plata, un joven sostenía las riendas y una mujer endeblita, casi una niña, reía á carcajadas mirándole. Pasaron por su lado con tanta rapidez que la hubiera sido imposible reconocerles si les hubiese encontrado de nuevo. ¿Qué más se necesitaba para ser feliz?

Con el dinero reunido de los Beaurand y de los Brunaire, podían comprarse seguramente muchas jaquitas, arneses y *charrettes*; pero las risas que se

llevó el viento á través del dorado trigo de los campos, la paz del alma y el amor, ¿dónde podían adquirirse?

Estrella se sintió envuelta como en una espesa red por profunda melancolía; parecíale que los horizontes de su existencia estaban cerrados por todas partes. Era joven y había sido alegre; pero ¿de qué sirve la juventud si hay que pasarla entre viejos?, ¿y de qué la alegría si se está condenado á eterna soledad? ¿Quién la amaría? ¿Quién querría casarse con ella?

Su rostro se cubrió al decir esto de intenso rubor, y reanudó la suma que antes estaba haciendo, empezando otra vez desde la parte superior de la columna, pero con gran apresuramiento, como si las cifras no pudiesen esperar un solo instante.

La puerta del saloncito se abrió sin que la joven se volviese, pues como era tan temprano, supuso que debía entrar la camarera para poner algo en orden. De pronto dos manos diminutas y enguantadas cubrieron sus ojos, flotando en torno suyo suave olor de violetas.

- ¿Quién soy?, preguntó una voz que en vano su dueña procuraba fingir para no ser reconocida.

- ¡Tú, Odette querida!, exclamó Estrella con agradable sorpresa. ¡Tan temprano! ¿De dónde vienes?

Las dos mujeres se abrazaron, sentándose luego una al lado de otra y dándose las manos en un pequeño canapé. La recién casada, cuyo vestido era todo de color de rosa, salvo el velo y la toquilla, miró atentamente á su ex «madrecita», exclamando con tono de admiración:

- ¡Qué hermosa eres! ¡Mucho más aún que antes!

- ¡Y tú!, contestó Estrella sonriendo. Estás muy cambiada. Eres tan bella como lo es tu corazón y no pareces ser tan endeble como antes.

- ¡Oh! Es la felicidad, repuso la joven con aturdimiento. Hemos estado en todas partes, en Roma, en Florencia, en Venecia..., en Arlés y en Dijón, donde está la quinta de mis padres políticos. La estancia allí no es muy alegre que digamos en invierno...; pero por fortuna, me acompañaba mi marido.

Pronunciaba la joven con una gravedad tan cómica y tierna al mismo tiempo las palabras «mi marido», que Estrella sentía deseos de reír y de llorar á la vez.

- Mi marido es muy apuesto, prosiguió, y me adora...

- ¿Y tú?

- Yo también, es claro. Sin embargo, no se lo digo..., ¡pero bien veo que lo adivina! ¡Es tan malicioso!

Al decir esto, se puso á reír á carcajadas y miró en torno suyo.

- Es muy bonita tu casa, mucho más que la mía; pero aun siendo muy pequeña, no se deja de estar allí muy bien. Mira, mi marido es joven, tiene veintisiete años, y es muy guapo con su uniforme de teniente de húsares; la verdad es que ese traje es muy elegante... Yo quería también mandarme hacer un vestido de tela azul, del mismo azul que ellos usan, galoneado de negro..., como una cantinera, para poder llevar los colores del regimiento. ¡Pero va á permutar con un compañero de cazadores, lo que nos permitirá vivir en París!

- ¿Hace mucho que habéis regresado de vuestro viaje?, preguntó Estrella, inquieta sin saber por qué.

- Ayer. Mamá nos esperaba en la estación con papá; esta noche comemos en su casa. Esta mañana, apenas se ha levantado, Huberto ha ido á la plaza: ¿tú sabes lo que es eso? No me he atrevido á pedirle que me lo dijera. ¡Le he hecho tantas preguntas, que me da ya vergüenza dirigirle más! Dice que algunas de las que le he formulado han sido muy graciosas. No lo sé... Le he preguntado todo lo que se me antojaba; él se reía como un loco... Ahora ya soy más prudente y procuro informarme por otros medios. Ha ido, pues, como te decía, á la plaza, y entretanto yo he venido á verte. Mi hermana y su marido están en España. ¡Se están helando allí! Les está bien. No simpatizo con mi cuñado; es un pedante, y, entre nosotras, te diré que le creo un necio, pero de tal manera... Me parece que va á tener que hacer con mi hermana.

Estrella oía sonriendo aquel diluvio de palabras entrecortadas por risas infantiles; aquella inocente alegría, aquella confianza en el matrimonio, en el amor y en la vida, le abrían por decirlo así un boquete por el que divisaba un cielo claro y sereno; desde la cárcel donde hacía diez meses que estaba encerrada, parecía ver desarrollarse vastísimas y verdes llanuras pobladas por seres dichosos. Su buen carácter, la exquisita ternura de que estaba dotada, impedíanla, sin embargo, sentir el menor asomo de envidia por un bienestar de que no había disfrutado. Su joven semblante era más encantador aún, con la expresión maternal que en él reflejaba la satisfacción que le producía oír charlar á su antigua «hijita», cuyos rubios cabellos, que tantas veces alisara en el convento, acarició con la mano. ¡Quién había de decirle que aquellos tiempos de estudio y de sujeción, habían de parecerle tan apacibles y envidiables diez meses después de su casamiento!

— Mira, dijo la recién casada depositando un nuevo beso en la mejilla de Estrella: aquí tienes un ramo de violetas que he comprado para ti. ¡Figúrate que he venido á pie! ¡A pie, y sola, sin camarera! Yo que no había sacado nunca la punta de la nariz fuera de casa sin que me acompañasen. ¡Y es muy divertido! ¿Sales tú sola á pie?

— No, contestó Estrella reflexionando que ni siquiera había deseado usar de tal privilegio. Pero yo, es distinto.

— Sí..., es verdad..., añadió Odette fijándose en el luto, riguroso todavía, que llevaba su amiga.

Después de un momento de vacilación continuó:

— Dime, Estrella, ¿es verdad lo que se cuenta?

— ¿Qué es ello, querida?, preguntó Mad. de Beaurand, cuyo corazón latía penosamente.

— Que tu marido se dió muerte el día de tu casamiento.

— Es verdad.

— ¿Al volver de la iglesia?

— Poco después: cuando acababais de marcharos de casa.

— ¿No sabes por qué?

— No.

La tierna Mad. de Aulmoye se quedó algunos instantes perpleja.

— ¿Sabes que se habla muy mal de ti?, dijo como á pesar suyo.

— Lo sé.

— Yo no lo he creído nunca, añadió aquella con viveza; yo te quiero siempre, madrecita.

Un beso ratificó esta afirmación: luego Odette, dando vueltas y más vueltas á su manguito, prosiguió sin mirar á su amiga:

— Entonces, es lo mismo que si no hubieses sido casada.

— Casi, casi, repuso Mad. de Beaurand.

— ¡Pobre Estrella! No has conocido más que los sufrimientos... Si yo perdiese á Huberto..., ¡oh!

La joven se estremeció, cubriendo su delicado cutis intensa palidez.

— ¿Eres, pues, feliz?, le preguntó Estrella para cambiar el rumbo de las ideas que acababan de evocarse en la mente de la recién casada.

— ¡Feliz! ¡El paraíso! ¡Eso es el matrimonio! ¡No sé si mi hermana será de este mismo parecer! Dudo que el bueno y puntilloso de su marido..., es calvo, ¿no sabes?, y usa patillas... Tiene el aspecto de un notario, y no muy notable. Pero cuenta con dinero; ¡es mucho más rico que nosotros! Posee viñas en Borgoña. Si le oyese decir: soy viticultor, con un tono retumbante, que se le podría oír desde el arco de la Estrella. Es muy productivo cultivar vides en Borgoña. ¡Yo prefiero el ejército! Pero es preciso que me vaya. Figúrate que volviese á casa mi marido y encontrase ausente á la señora. Nadie sabe dónde estoy.

— ¿Se lo dirás?, preguntó Estrella que de pronto había recobrado su habitual gravedad.

— Sí, sí, contestó con ligereza la jovencilla. Debo tener ya dispuesto el almuerzo: espero que la cocinera no habrá echado aún los huevos en el agua... ¿Te acuerdas de aquella educanda que había en el convento, que no había podido comer en su vida otra cosa que huevos duros porque la cocinera de su madre tenía á punto de honor ser en extremo exacta?... ¡Hasta la vista, madrecita! ¡Hasta pronto! Voy á tomar un coche, ¡será muy divertido! No he pagado en mi vida á ningún cochero. ¿Habré perdido el portamonedas?... ¡No, aquí está!

La recién casada rebuscaba sus bolsillos con una ansiedad verdaderamente cómica. Ya en el umbral de la puerta, se volvió paseando una mirada por todo el salón.

— Pobre Estrella..., ¡siempre sola!.. Moriría de dolor si me quedase ahora en esa situación... Pero tú no has tenido marido, puede decirse... Ser casada

dos ó tres horas, es como no serlo. Y ¿estaba muerto ya cuando le viste?

— Sí, contestó Estrella con tono grave.

— ¡Eso es horrible! Y no saber... Estaba loco, ¿verdad?

— ¡Así lo espero!, repuso la viuda, sin que la jovencilla entendiese el sentido de estas palabras.

Cuando su joven amiga hubo salido del hotel, Estrella penetró de nuevo en el salón cuyo ambiente estaba aún embalsamado por el perfume de las violetas. ¡Se encontraba, en efecto, siempre sola! ¡Ser casada durante dos ó tres horas era igual á no serlo! ¡Qué existencia más frustrada la suya!

Con paso lento se acercó al escritorio, tomando otra vez el cuaderno de sus cuentas, pero la suma ya varias veces interrumpida parecía querer obstinarse en que no la pudiese acabar. La rebelde imaginación de la viuda no se podía fijar en las cifras, volando, por el contrario, tras Odette hasta el gabinete recién tapizado, elegante y adornado como una canastilla de boda, adonde no tardaría en ir á buscarla un teniente de húsares... Su fantasía le estaba viendo entrar, con los ojos brillantes y los labios entreabiertos, y riéndose al contentarse: ¡parla sobresaltada por su excursión matutinal... Sobre la mesa del comedor había un ramo de flores mandado llevar por el marido; el agua y el vino brillaban en las botellas, en las que precisamente iba á dar un rayo de sol que había rasgado una nube; los recién casados se sentaban riendo frente á los platos aderezados quizá con huevos duros, como su amiga temía, y continuaban riéndose...

Estrella volvió á dejar el cuaderno de sus cuentas, y apoyando sus brazos en el escritorio, ocultó en ellos su cabeza como un niño desesperado, derramando abundantes lágrimas.

XXIV

El aniversario del fallecimiento del capitán de Beaurand se celebró con gran pompa en la iglesia de Santo Tomás de Aquino. Mad. Montclar, con verdadera obstinación de enfermo, había tenido sumo cuidado en remitir invitaciones á todos sus antiguos conocidos, no atendiendo para nada las tímidas observaciones que se atrevió á hacerle Estrella, empeñándose además, y á despecho de lo que sus amigos pudiesen murmurar, en asistir á la fúnebre ceremonia religiosa.

— Era mi sobrino, casi mi hijo, exclamaba, y le debo esta última muestra de cariño.

El carácter de la anciana se había agriado desde algún tiempo á aquella parte. La ardiente y generosa llama que la abrasó al convencerse de que se injuriaba á su sobrina, se había extinguido, dejando sólo alguno que otro vestigio aislado. La muerte próxima, de la que no obstante no tenía completa conciencia, la producía de vez en cuando una especie de temor que se presentaba en forma de melancolía en algunas ocasiones y otras en la de profunda amargura. Estrella, sin decir una palabra, sufría al conocer todo esto, comprendiendo que por mucha paciencia que para cuidar á su tía tuviese, no podría pagarla la afectuosa protección de que había sido objeto.

Mad. Montclar, como hemos dicho, asistía acompañada de su sobrina á la ceremonia fúnebre, experimentando desde el primer instante penosísima impresión, al ver cuán reducido era el número de los que habían querido dar una última prueba de afecto á la memoria de Raimundo y de deferencia á ella: toda la concurrencia se reducía á sus habituales tertulianos, los industriales de quienes la anciana y la viuda eran clientes y bastantes curiosos. El viejo pariente que había representado á la familia en el entierro, obligado por las circunstancias, se hallaba en el primer banco, con el aire aburrido del que está condenado á soportar una inevitable carga.

Dominado por secreta inquietud, Benoist observaba atentamente los rostros y las actitudes, y como entre aquella concurrencia indiferente se hablaba mucho, hacía hasta cansarse y en vano todos los esfuerzos imaginables por oír algunos fragmentos de las conversaciones. Por fin, terminada la ceremonia se dió la absolución, é inmediatamente el joven se acercó á Mad. Montclar con objeto de pedirle que le permitiese acompañarla al coche, mientras el viejo pariente recibía, si había lugar á ello, los saludos de los asistentes, cuyas tres cuartas partes se habían alejado ya.

La anciana agradeció como debía la oferta de Teodoro, pero en vez de dejar que la acompañase, siguió al maestro de ceremonias, colocándose junto á la gran puerta del templo.

— ¡Tía!, le dijo Estrella, se lo suplico, vámonos en seguida.

Mad. Montclar hizo un enérgico gesto de negación y permaneció inmóvil.

Durante el desfile, que fué corto, la anciana, con la frente alta y con altanera amargura, estuvo contando, no los amigos presentes en aquel acto, sino más bien los que faltaban. Todas las miradas se dirigían hacia aquellas dos mujeres tan imponentes y bellas á la vez, atendidas sus edades, oyéndose á su alrededor no pocos cuchicheos. Estrella estaba sufriendo un verdadero martirio, pero disimulaba. Cuando hubieron salido los últimos curiosos, el viejo pariente se acercó á Mad. Montclar, que permanecía en el pórtico que adornaban colgaduras negras.

— Quedo muy agradecida de ti, primo, le dijo la anciana en voz baja.

Una joven del pueblo, que se hallaba junto á ella, pronunció estas palabras:

— Di, mamá, ¿es la vieja ó la joven la que ha dado muerte á su marido?

Su voz al chochar con las lisas piedras de los muros, había resonado con un timbre metálico: cuantos bajaban la escalera se volvieron para mirar. Benoist había cogido con violencia de un brazo á la curiosa joven y la había separado del grupo, pronunciando al mismo tiempo una palabra ruda. Inmediatamente se acercó á las demás. Mad. Montclar, acompañada por su pariente, se dirigía hacia el carruaje que la estaba esperando; Estrella, sola, miraba con indescriptible dolor á la inconsciente que acababa de inferirle la más mortal injuria...

— Tome usted mi brazo, señora, dijo Teodoro en voz alta.

Y uniendo los hechos á las palabras, condujo al coche á la joven, que iba sintiéndose sin fuerzas.

— Sube, primo; suba usted, caballero, dijo madame Montclar á los dos hombres que las habían acompañado al templo.

El más absoluto silencio reinó en el landó, durante el corto trayecto que mediaba entre Santo Tomás de Aquino y el hotel de Beaurand. Mad. Montclar subió la gradería, penetrando en el salón del piso bajo. Benoist acompañó del brazo á Estrella hasta una butaca.

— Amigos míos, dijo la anciana esforzándose por sobreponerse á su debilidad, doy á ustedes las gracias..., he hecho mal...

Al decir esto, sus ojos se cerraron y perdió el sentido.

Estrella recobró sus fuerzas en el acto: un peligro real la encontraba siempre dispuesta para la lucha. Mad. Montclar fué conducida á un lecho, donde no tardó en volver en sí. Su médico, que con gran repugnancia la había visto salir del hotel, llegaba en aquel instante para saber cómo había soportado tan dura prueba, apresurándose á ordenar, al ver el estado de la anciana, el silencio y el reposo más absolutos. Mad. de Beaurand regresó entonces al salón, donde el pariente y el amigo de éste esperaban; el primero, después de algunas palabras de puro cumplimiento, se volvió á sus placeres ó á sus costumbres. Benoist se había quedado de pie, en actitud de despedirse.

— Caballero, le dijo Estrella, ¿podría usted concederme un momento?

— Estoy enteramente á las órdenes de usted, señora, repuso Teodoro.

— En ese caso, dígnese usted venir conmigo.

La joven le condujo hasta el gabinete de Raimundo, en el que entró con él.

— Aquí, caballero, dijo Estrella, donde nadie nos puede escuchar ni interrumpir, quiero suplicarle que me conteste. Después del insulto que acabo de recibir, no retrocedo ante ningún obstáculo con tal de averiguar la verdad. Es usted la última persona con quien mi marido habló confidencialmente; pues bien, en nombre de su honor, dígame usted cuál ha sido su postrera conversación con Raimundo.

Benoist frunció las cejas. Nunca se había encontrado en una situación tan delicada. Sin embargo, requerido en la forma que acababa de serlo, no le quedaba otro recurso que hablar.

— Puesto que lo exige usted, señora, contestó, la obedeceré. En aquella conversación, confidencial en efecto, mi amigo de Beaurand me confesó el entrañable cariño que por usted sentía, expresándose en términos que no tengo el derecho de repetir, pero que demostraban hallarse dominado por una pasión sin límites.

El semblante de Estrella, pálido por lo general, se había cubierto de ardiente rubor. Sin levantar la vista esperaba que Benoist continuase, pero éste había callado.

— ¿Y luego?, preguntó la joven al ver que aquél no proseguía.

— Luego, manifestó la esperanza de ver correspondido su cariño.

— Yo le profesaba mucho afecto, observó Estrella.
— No lo ignoraba él y lo agradecía; pero ese afecto, según me dijo, no era el que confiaba en inspirar á usted más adelante.

El rojo vivísimo que coloreaba las mejillas de la joven, desapareció, recobrando aquéllas su tinte mate.

— ¿Y después?, preguntó haciendo un esfuerzo.

— Me habló mucho de su padre, prosiguió Teodoro, de su fin trágico y misterioso... La idea de aquella catástrofe sin explicación satisfactoria le preocupaba evidentemente y ha debido tener parte en el acto que acabó con su vida.

— ¿Lo cree usted así?

— No lo dudo: el mismo género de muerte; un pistoletazo en el costado izquierdo... Habrá cedido á la obsesión...

Estrella dió de pronto un paso hacia la chimenea.

— Pero ¿y mi retrato, caballero, dijo con una vehemencia que nunca había visto en ella Benoist, mi retrato hecho pedazos, ultrajado, como se me ultraja y se me destroza á mí misma todos los días? ¿Habrá obedecido también M. de Beaurand para destruirlo á un impulso oculto, ó por el contrario, á un odio ciego, ó á un rayo de locura ó de celos?..

La joven se detuvo; esta última palabra que había brotado de sus labios provocó un nuevo rubor, que después de haber subido hasta su frente, no tardó en desaparecer. Benoist se había también estremecido.

— ¡Celos!, prosiguió la joven. ¡Pero de qué, Dios mío, y de quién! Salí del colegio á los diez y ocho años; hasta entonces sólo había visto á los amigos de la familia de Polrey, amigos de vacaciones, de esos que una madre prudente elige para visitantes mientras tiene en su casa á sus hijas y que no son á propósito para excitar la imaginación de las colegialas; y en cuanto á la vida social, ¿he encontrado por ventura algún hombre capaz de inspirarme algún interés? ¿Sabe usted cómo se nos lleva al matrimonio á las señoritas? No se nos deja ver de cerca más que á los pretendientes escogidos para nosotras por manos vigilantes... Sólo Raimundo, entre todos los que encontré, reunía condiciones serias capaces de inspirar cariño y afecto...

La joven vaciló, luchando un instante consigo misma; de pronto dejó escapar la confesión que Benoist esperaba:

— A pesar de esto, no le amaba; no, no sentía amor hacia él, era mejor compasión lo que le profesaba.

Al decir esto, inclinó su soberbia cabeza con una especie de humildad, y prosiguió:

— Compasión solamente, pues un presentimiento vago me decía que nunca había de poder amarle como él deseaba. Y así ha sido, caballero, añadió levantando la frente y mirando á Benoist; le he llorado, pero nunca le amé.

¿Qué vería la joven en la expresión de los ojos que devoraban por decirlo así todos los movimientos de sus labios? ¿Cree adivinar en ellos el triunfo, la satisfacción ó la súplica? ¿Quién sabe! Ello es que Estrella permaneció inmóvil, dominada por una sensación deliciosa que le quitaba las fuerzas y hasta el deseo de hablar, sobrecogida, pero segura, sin embargo, de que acababa de abrirse una puerta para su porvenir, y de que á partir de aquel momento no le sería ya posible en lo sucesivo volverse atrás después del paso que había dado.

— Señora, dijo lentamente Benoist, me pidió usted completa franqueza y la he obedecido; permítame á mi vez que le haga una respetuosa pregunta.

La joven no se opuso; Teodoro continuó:

— Me decía usted hace poco que más adelante iría á vivir en la soledad, y adoptando su apellido de soltera... ¿Es, pues, que el matrimonio le inspira inabarcable repugnancia?

Estrella no respondió.

— ¿No cree usted que una unión verdadera, basada en un afecto sincero, le proporcionaría un apoyo y á la vez le permitiría ser feliz y buena?

— ¿Acaso, caballero, exclamó la viuda con la misma energía que poco antes había mostrado, puedo imponer á nadie la carga que me agobia? ¿Quién la aceptaría? Y en el caso de que alguno lo hiciese, ¿iba á ser yo tan cobarde que lo permitiera? Ya lo ha visto usted: hasta las mismas gentes del pueblo me ultrajan sin saber mi nombre; ¿y había de exponer á un hombre honrado á que compartiese conmigo esos insultos y quizá á que se batiera para castigarlos? ¡Ah, caballero, es ya bastante que haya muerto uno por haberme hecho su esposa!..

Estrella ocultaba entre sus manos su rostro enrojecido por el rubor, derramando abundantes lágrimas, que enjugó rápidamente, añadiendo:

— En tanto que no se esclarezca el misterio, llevaré sola sobre mí el oprobio que no he merecido.

Me ha hablado usted como un amigo; por ello y por el apoyo que me acaba usted de prestar, le quedo agradecida.

Teodoro se inclinó, guardando silencio. Inmediatamente, salieron ambos de la estancia, separándose sin pronunciar una palabra más.

XXV

Asistiendo al fúnebre aniversario de Raimundo, Mad. Montclar había recibido un golpe mortal. Fuerte en sus instintos y generosas decisiones, pero débil para vencer las dificultades de una lucha que á cada instante puede decirse que empezaba de nuevo, se había mantenido firme frente á la agresión, pero en el último choque se había hecho pedazos el resorte que la sostenía artificialmente.

Durante algunos días mantuvo aún su papel de protectora, haciendo que Estrella escribiese á sus amigos esquelas en que los llamaba á su lado, vistiéndose ó mejor dejando que la vistieran, para recibir á los que la visitaban, y demostrando ostensiblemente á su sobrina un afecto, un cariño del que jamás había sido pródiga con nadie. Pero aquellos esfuerzos, en los que se gastaban los últimos recursos vitales de su cuerpo y de su espíritu, le producían incesante fiebre, hasta el punto de que aquella anciana, de ojos ardientes y vivos, profundos y circundados por grandes ojeras negras, no fuese ni aun sombra de la un tiempo hermosa Mad. Montclar. Estrella, enternecida, la rodeaba de cuidados y de caricias verdaderamente filiales. Aquellas dos mujeres procuraban, cada una por su parte, aparentar tranquilidad y hasta alegría con objeto de engañar á la otra, y aun cuando tenían por muy seguro que no habían de conseguirlo, continuaban firmes en el desempeño de aquella dolorosa comedia íntima.

Una mañana, serían las once, Mad. de Beaurand, que iba precediendo á una camarera que llevaba en una bandeja el almuerzo para su ama, encontró á su tía echada en su sofá, en un estado de atonía y de desfallecimiento completo. Los ojos de la anciana no tenían brillo, en su rostro faltaba toda expresión y sus manos lánguidas pendían inertes á lo largo del insensible cuerpo.

— ¡Querida tía!, exclamó Estrella arrodillándose sobresaltada á su lado. ¿Me ve usted?, ¿me oye?

La enferma hizo un débil movimiento. La joven se levantó en seguida, suministrándole una cucharada de cordial y volviendo junto á la enferma después de haber ordenado que fuesen en busca del médico.

Mad. Montclar, sin poder decir aún una palabra, parecía que respiraba con menos dificultades, observándose en sus miradas una expresión indefinible de cariño y de ternura. Estrella, espontáneamente, sin darse cuenta de lo que hacía, se dirigió al escritorio, trazando para Benoist estas breves palabras: «venga usted en seguida,» y después de haberlas firmado con su nombre, hizo que sin perder tiempo fuesen llevadas á la casa donde el ex militar vivía.

El doctor fué el primero que llegó al hotel, dando, después de haber examinado á la enferma, muy pocas esperanzas de salvación: aquella vida estaba gastada, era una luz que se extinguía; la muerte no iba á ser, de seguro, dolorosa; pero podía sobrevenir de un momento á otro. Cuando Estrella, que le había acompañado al despedirse, volvió á entrar en el dormitorio, Mad. Montclar la llamó con sus miradas.

— ¿Ha dicho que voy á morir?, dijo con voz muy clara, pero débil como un soplo. Estrella, escuchame...

— Ruego á usted que no se fatigue, querida tía, interrumpió la joven con tono suplicante.

— ¡Escucha!, insistió la moribunda con cierta impaciencia. Te lo he dado todo, todo lo que tenía...; no puedo darte amigos... ¡No tengo ninguno. ¡Quedarás completamente sola...; ¡pero tengo confianza en ti, serás animosa! ¡Eres una Beaurand, sí...; una verdadera Beaurand, como yo!

La anciana había apoyado su mano sobre la frente de la viuda, que cediendo al peso de aquélla, inclinaba hacia atrás su hermoso semblante, en el que se veía expresada una resignación firmísima; los negros ojos de Mad. Montclar permanecían fijos en los ojos negros también y llenos de lágrimas y de ternura de Estrella, como si con aquella larga mirada, que sólo una conciencia pura podía resistir, quisiese penetrar hasta lo más profundo del alma de la joven.

— Así era yo, murmuró la moribunda con algún extravío; la vida me ha gastado... Eres joven...; tú...; tú... lucharás también...; una verdadera Beaurand, sí...; una verdadera...

De repente se animó su mirada: atrajo hacia ella el rostro que con tanta atención estaba examinando; le contempló desde más cerca todavía, y los rasgos de su semblante adquirieron una expresión extraña,

al mismo tiempo que se cubrían sus mejillas de vivo carmín. Por dos veces quiso exponer, sin que pudiera formularla en palabras, una idea que atormentaba su abrumado cerebro; luego su mano cayó inerte, otra vez palideció su rostro, exhaló un suspiro, cerrándose sus ojos y se quedó inmóvil.

Estrella, amedrentada, se inclinó sobre ella. Madame Montclar, con los ojos cerrados, dijo lentamente:

— Mi esposo...; luego mi hermano...; después Raimundo... He perdido todo lo que amaba... Has venido tú, y yo me voy... ¡Pobre niña!

Otro suspiro más profundo y doloroso hizo estremecer su pecho. Luego pareció calmarse y quedar dormida.

Sin hacer ruido, la camarera abrió la puerta, anunciando el movimiento de sus labios:

— M. Benoist.

Estrella contempló á su tía, y pareciéndole que podía dejarla al cuidado de la camarera, que se colocó donde ella estaba, salió de la estancia, recibiendo al joven en una pieza contigua á la en que se hallaba la enferma.

Teodoro la esperaba de pie y dominado por la inquietud, comprendiendo por la mirada que al verle le dirigió Estrella, que acababa de zozobrar la tabla de salvación con que hasta entonces contara la joven. Más conmovido aún que ésta, le tendió las dos manos, en las que la viuda apoyó las suyas, sin que sus ojos tristes, casi desesperados, dejasen de mirarle.

«Ya nada me queda — parecía decir aquella mirada. — Soy un inocente resto del naufragio que irá á la ventura hasta perderse en alguna playa desconocida... ¡Nada me queda! ¡Nada!»

De pronto, le pareció á Teodoro leer en aquellos negros ojos algo que hizo que se estremeciese de pies á cabeza. ¿Sería un llamamiento? No se detuvo para reflexionarlo: las dos manos que retenían las de la viuda la atrajeron hacia él, hasta apoyarla sobre su pecho, y abriéndose luego, fueron á juntarse sobre la espalda de Estrella, con un movimiento envolvente y protector á la vez. La joven no resistió; con la cabeza baja saboreaba en su interior el placer grave y profundo de verse defendida. La sencillez del movimiento de Benoist le había quitado cuanto pudiese hacerle semejar una caricia: era aquel el abrazo estrecho y digno de la fuerza protegiendo la debilidad.

Así lo había comprendido Teodoro, pues sus brazos se abrieron en seguida y dió un paso atrás, sin que su varonil rostro hubiese dejado por un instante de mostrar su acostumbrada y casi austera expresión. Estrella continuó mirándole, pero esta vez con una dulzura sumisa que jamás el joven había visto en aquellos ojos y que tenía indecible encanto.

— ¡Se muere!, dijo la viuda sin dejar de mirarle.

Era que sentía intensa y ciega satisfacción al saber que el ex teniente la amaba.

— No se quedará usted sola, contestó Teodoro. Vendré á su lado en todos los momentos en que tenga usted á bien ordenármelo.

— Eso no puede ser, replicó la joven, que por la intuición de su amor se había hecho de pronto prudente y perspicaz.

Al pronunciar estas palabras, cubrióse su rostro de rubor y se turbó su mirada, lo que hizo que bajase la vista.

— ¡Qué importa!, exclamó impaciente Teodoro. ¡No puede usted estar sola en momentos como estos!

Estrella había recobrado la serenidad, y extendiendo la mano que tenía levantada, la apoyó en el brazo del ex teniente.

— No tengo miedo de hallarme sola; no temo tampoco ver la muerte; pero sí temería una suposición...

No acabó el epíteto; lo dicho era bastante para sus labios de mujer bien educada.

— ¿No se han dicho cosas cien veces peores?, replicó Teodoro.

— Sí, interrumpió Estrella con viveza; pero no eran verdad.

Como asustada por haber dejado escapar semejante palabra, la joven bajó la cabeza y retrocedió.

La buena educación cierra los labios de los hombres y de las mujeres con un sello inviolable, que impide la expresión de todos los sentimientos y que prohíbe manifestar todas las emociones. Cohibido por estas invisibles ligaduras, no podían decir nada de lo que sus almas experimentaban; pero se comprendían, sin embargo, con tanta seguridad como si hubiesen empleado largos discursos, aunque siempre suponiendo que por una ni otra parte no existiese el menor átomo de ficción ni de coquetería.

(Continuará)

LAS EXPEDICIONES ANTÁRTICAS

INGLESA Y ALEMANA

Durante la primera quincena de agosto último se han hecho á la mar las dos expediciones antárticas inglesa y alemana, cuyos preparativos desde hace tanto tiempo venían preocupando al mundo científico. Asimismo acaba de partir otra misión, organizada en Suecia y dirigida por el Dr. Otón Nordenskjöld, y finalmente prepárase en Escocia una cuarta exploración antártica bajo la dirección de M. Bruce. De suerte que próximamente va á darse un gran asalto á los hielos australes para arrancarles los secretos que hasta ahora han guardado detrás de su muralla invencible.

El éxito de tales empresas despierta un interés extraordinario. Nada ó casi nada se sabe acerca de la inmensa zona antártica: á partir del paralelo 50 Sur, es decir, á partir de una latitud correspondiente á la de Amiéns en nuestro hemisferio, nuestros conocimientos son en extremo vagos, y basta consultar un planisferio para ver evidenciada nuestra ignorancia por el escaso número de indicaciones que el mapa contiene.

Los pocos trozos de territorio antártico que conocemos están sometidos á una congelación infinitamente más intensa que la que se manifiesta en el hemisferio Norte, en la Groenlandia ó en el Spitzberg, y el estudio de este fenómeno no es sino uno de los numerosos problemas que en aquellas regiones solicitan la atención de los exploradores.

Son asimismo muy vagos los conocimientos que poseemos acerca de las condiciones oceanográficas y batimétricas de los mares antárticos, del clima, de la biología y por último de la geología de aquellas tierras. La región antártica sigue siendo la última gran mancha blanca del globo.

Pocas han sido, en efecto, las expediciones que se han dirigido á las heladas tierras australes; de ellas no hemos de hacer la historia en el presente artículo; así es que después de haber recordado el memorable viaje de Cook (1772 á 1774), nos limitaremos á citar las principales realizadas durante el siglo XIX. En 1819 y 1820, el ruso Bellinghamen lleva á cabo un viaje de circunnavegación alrededor de la zona polar antártica y descubre las islas de Pedro el Grande y Alejandro I. En 1823, el cazador de focas inglés Wedell llega hasta los 70° 15' de latitud Sur, al Este de la punta meridional del continente americano, y en aquel punto encuentra el mar libre, que no pudo recorrer á causa del mal estado de su barco. De 1830 á 1832, Juan Biscoe efectúa una fructuosa circunnavegación del Antártico, y en 1838 y 1839, Balleny descubre las islas que llevan su nombre y distingue otras muchas tierras. De 1837 á 1840, el francés Dumont d'Urville explora la extremidad septentrional de la tierra de Graham y descubre luego en el Sur de Australia las tierras de Adelie y de Clarie. Desde 1837 á 1840, el americano Wilkes recorre el Océano Antártico, y en el Sur

de Australia señala varias masas continentales que pasan á figurar en los mapas con el nombre de tierras de Wilke, aun cuando no pertenezca por completo á este explorador el descubrimiento de las mismas. Finalmente, en los años 1839, 1840 y 1841 Jacobo Ross realiza su célebre viaje, el más fecundo de cuantos se han llevado á cabo hasta el presente en

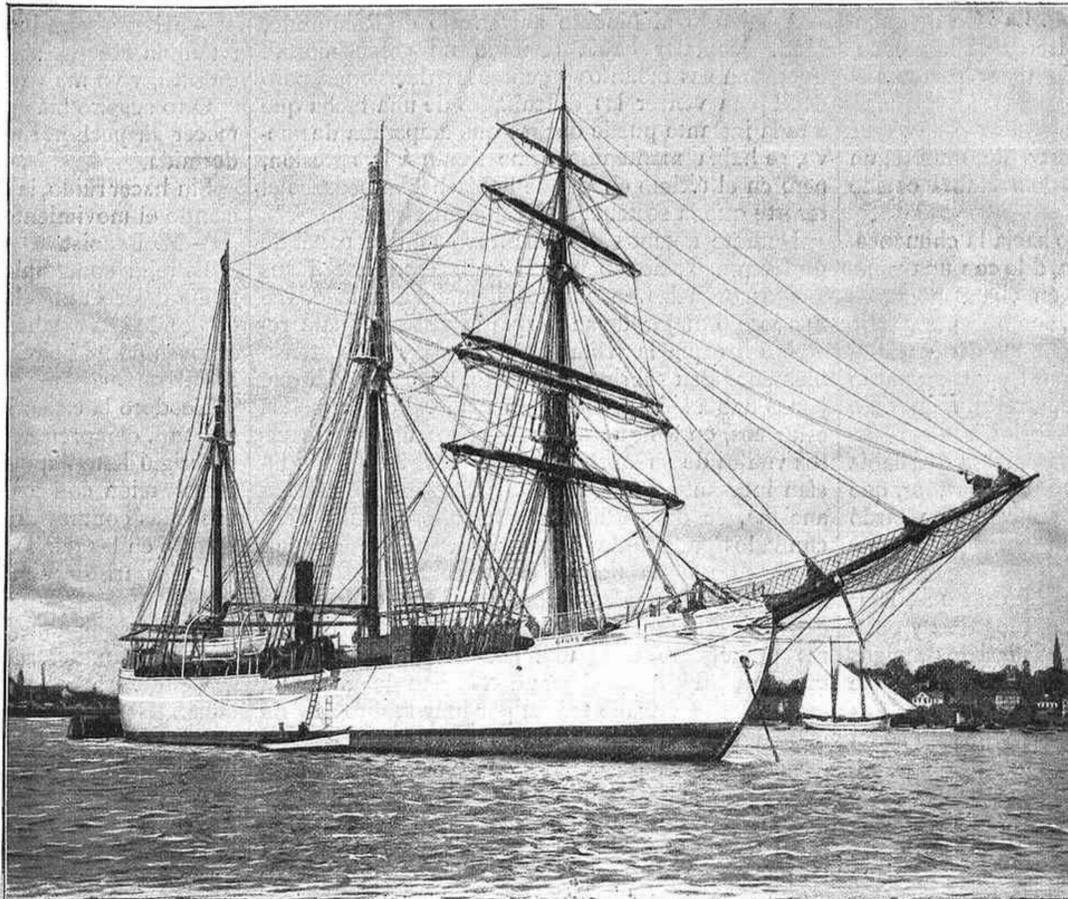
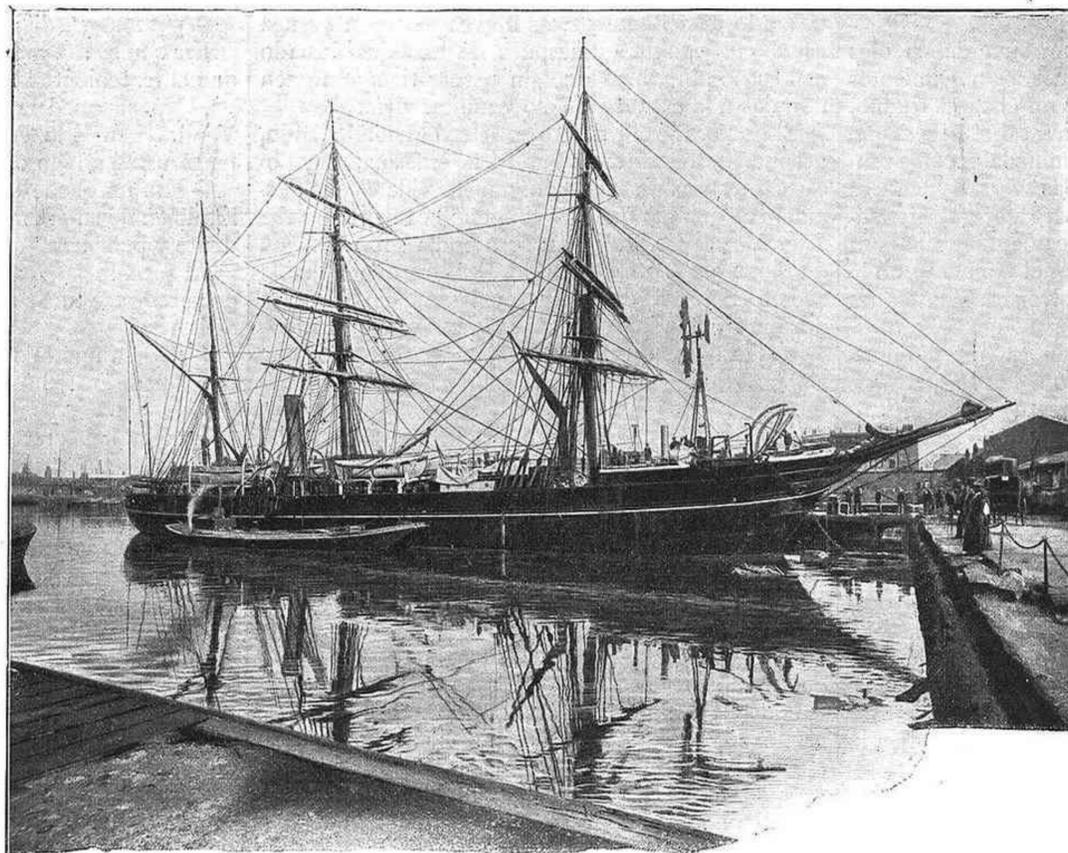
ces Alemania é Inglaterra organizar una expedición cada una. Pero adelantóse á ellas Bélgica, gracias á la iniciativa y actividad de M. Gerlache, bajo cuya dirección se realizó á bordo del *Bélgica*, en 1898 y 1899, una campaña de gran importancia para la ciencia, al Sur del cabo de Hornos. Por otra parte, organizábase por uno de los grandes editores de Londres, Sir Jorge Newnes, otra expedición para asegurar á los periódicos por él publicados una relación del viaje en la zona antártica, en el momento en que esta región ocupaba la atención en Inglaterra. Dirigida por el noruego Borchgrevink, visitó esta misión la tierra Victoria y pasó en ella el invierno de 1898 á 1899, siendo aquella la primera vez que unos exploradores invernan en tierras antárticas.

La gran obra inaugurada por Gerlache y Borchgrevink va á ser ahora brillantemente continuada por las misiones inglesa y alemana, que acaban de ponerse en camino y que se proponen no hacer una tentativa hacia el polo Sur, sino proseguir el estudio del casquete antártico, reconocer la distribución de las tierras y de los mares en aquella parte del globo y estudiar los fenómenos que allí se realizan. Se han tomado de antemano todas las medidas para que esta empresa dé los mayores resultados científicos posibles. Entre ambas expedi-

ciones se ha trazado de común acuerdo un programa de investigaciones, quedando claramente deslindado el campo de exploración confiado á cada uno. El casquete antártico ha sido dividido en cuadrantes que corresponden á otras tantas esferas de actividad científica y que llevan respectivamente los nombres de Enderby (0° al 90° de longitud Este de Gr.), de Victoria (90° al 180°), de Ross (180° al 90° de longitud Oeste de Gr.) y de Wedell (90° al 0°). Los alemanes trabajarán en el cuadrado de Enderby y los ingleses en los de Victoria y de Ross. Por último, para seguir la marcha de los fenómenos magnéticos y meteorológicos observados por los exploradores fuera de la zona antártica, se harán observaciones en un gran número de observatorios.

La expedición antártica alemana, dirigida por el profesor E. de Drygalski, se hizo á la mar el día 12 de agosto; va en el *Gauss*, buque construido especialmente para la navegación en medio de los hielos. Esta embarcación, como todas las destinadas á tal empresa, es mixta, es decir, que va provista de un gran velamen á fin de economizar el carbón y de poder seguir navegando en caso de avería de la máquina: tiene un casco muy sólido para resistir á los choques de los hielos y es relativamente pequeña para que pueda evolucionar fácilmente en los canales del banco de hielo. Con toda la carga desplaza 1.450 toneladas.

El personal de la expedición comprende, además de su jefe, veintiocho hombres, cuatro sabios, que son los doctores Vanhoffen (geólogo y botánico), Philippi (geólogo), Bidlingmaier (meteorólogo), Gazert (bacteriólogo), cinco oficiales y veinte marineros. La expedición ha sido costeada por el Estado bajo el patronato del empe-

El *Discovery*, buque de la expedición antártica inglesaEl *Gauss*, buque de la expedición antártica alemana

Después de estas memorables campañas, los marinos sintieron como un cansancio, y durante más de cincuenta años no hicieron ninguna tentativa en aquellas regiones. En 1893 planteóse de nuevo la cuestión de la exploración de las regiones antárticas ante la opinión pública científica, decidiendo enton-

rador Guillermo II, quien no ha cesado de manifestar el más vivo y constante interés por esta campaña marítima. Desde la embocadura se ha encaminado hacia Kerguelen, en donde debe establecerse una estación destinada á servir de base de operaciones y de observación científica: esta estación, será instalada en Three-Islands-Harbour, en el Royal Sund (costa oriental de la isla) y en ella se quedarán tres sabios y dos marineros que realizarán allí observaciones magnéticas y meteorológicas conforme al programa internacional. A fines de 1901 el *Gauss* se dirigirá primeramente hacia el Este, hasta los 90° de longitud Este de Greenwich, y luego hacia el Sur, y deberá procurar llegar á las tierras antárticas y establecer en ellas una nueva estación, junto á la cual invernará el buque. Si las circunstancias son favorables, la expedición alemana, compuesta de sabios distinguidos, obtendrá seguramente un gran éxito.

El 6 de agosto se puso en marcha la expedición inglesa organizada por la *Royal Society* y por la Sociedad de Geografía de Londres, con el concurso del gobierno inglés. Va embarcada en el *Discovery* que, como el *Gauss*, ha sido expresamente construído para este viaje y cuyas dimensiones son algo mayores que las del buque alemán, puesto que desplaza 1.750 toneladas. Está mandada por un oficial de la marina real, el capitán R. Scott, y lleva cincuenta hombres, cuatro de ellos naturalistas, que son: mister Jorge Murray, Mr. J. V. Hodgson (biólogo), Mr. H. T. Ferrer (geólogo) y Mr. Luis C. Bernacchi (meteorólogo). Mr. Murray sólo acompañará la expedición hasta Melbourne y durante la travesía habrá de poner á los sabios del *Discovery* al corriente de las investigaciones que han de emprender.

La misión inglesa va á la tierra Victoria. Durante el verano de 1901 á 1902 examinará la gran barrera de hielo descubierta por Ross y reconocerá si está



LI-HUNG-CHANG, eminente hombre de Estado chino, fallecido en Pekín en 7 de los corrientes

flanqueada al Este por una tierra. Si las circunstancias no se oponen á ello, el *Discovery* invernará en la costa Oeste de la tierra Victoria, verificándose durante esta detención excursiones de trineos hacia el Sur, sobre los glaciares, y hacia la región volcánica del monte Erebus. En 1903, la expedición verificará su regreso.

CARLOS RABOT.

LI-HUNG-CHANG

El famoso hombre de Estado chino que ha fallecido recientemente, fué durante la mayor parte de su carrera política el verdadero árbitro de la política del Celeste Imperio.

Nació hacia 1830, y por los años de 1858 á 1860 gobernaba la parte del Yang-tse-kiang que devastaron los tachpingos, convenciéndose entonces de la necesidad de reformar el ejército chino, como así se hizo algunos años más tarde bajo su dirección. Nombrado virrey de la provincia de Petchili, supo salvar el peligro de la invasión rusa en Mandchuria y de la japonesa en Corea, oponiendo á la primera la colonización de los desiertos campos manchús y á la segunda el tratado con el Japón, que el gobierno japonés rompió en 1894, dando origen á la guerra que de tan funestos resultados fué para China y que Li-Hung-Chang quiso á toda costa evitar, convencido de que su nación no estaba preparada para ella.

En 1894 envió algunos agentes á Europa para conocer los progresos de la ciencia, única cosa que admiraba de las civilizaciones occidentales, mientras él negociaba la paz con el Japón. En 1896 vino á Europa, siendo muy agasajado en todas las cortes y estudiando con gran atención los astilleros, los arsenales y la organización militar.

A su regreso á Pekín fué nombrado ministro de Negocios Extranjeros, y á sus intrigas se debió en no poca parte el edicto imperial de 22 de septiembre de 1898, por el que el emperador quedaba destituido y se confiaba el poder á la emperatriz viuda.

De su conducta durante la última insurrección de los boxers y consiguiente guerra con algunas potencias europeas, nada diremos, pues se trata de sucesos muy recientes de los cuales nos ocupamos á su debido tiempo.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjase para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, Paseo de Gracia, 96, Barcelona

PAPEL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BARRAL
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los ACCESOS
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOZE-ALBESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE Ó HACE DESAPARECER
 Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION.
 EXIJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

El único Legítimo
VINO DEFRESNE
 con
PEPTONA
 es
 el más precioso de
 los tónicos y el mejor
 reconstituyente.
 PARIS : 4, Quai du Marché-Neuf
 Y EN TODAS FARMACIAS.

HARINA lacteada NESTLÉ

Proveedor de la Real Casa



26 Diplomas de Honor.
 31 Medallas de Oro

ALIMENTO COMPLETO para NIÑOS

Recomendado desde hace 35 años por las Autoridades Médicas de todos los Países. Contiene la leche pura de los Alpes Suizos. Pídase en todas las Droguerías y Farmacias. Para pedidos dirigirse á **MIGUEL RUIZ BARRETO** Jerez de la Frontera.

Frasco 5 fr. en París
PUREZA DEL CUTIS
 — LAIT ANTÉPHELIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA ó Leche Candès
 pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOCES EFLORESCENCIAS ROJECES.
 Pone y conserva el cutis limpio y terso
CANDES et Co 81, St-Denis, 16

Jarabe Laroze
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastraljias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.
JARABE al Bromuro de Potasio
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histéria, migraña, baile de S.-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la denticion; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.
 Fábrica, Espediciones : J.-P. LAROZE & Co, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris. Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
 Curadas por el Verdadero
 Único aprobado por la Academia de Medicina de París. — 50 Años de éxito.

AGUA LÉCHELLE
HEMOSTÁTICA
 Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *Intestinos*, los *Espustos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
 PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

PAPEL WLINSI
 Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho*, *Catarros*, *Mal de garganta*, *Bronquitis*, *Resfriados*, *Romadizos*, de los *Reumatismos*, *Dolores*, *Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.
 Exigir la Firma **WLINSI**.
 DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Seine.



La buena nueva, cuadro de Domingo Morelli

**COLORES PÁLIDOS
AGOTAMIENTO**

**GRAJEAS Y ELIXIR
RABUTEAU**

*El mejor y más económico
Ferruginoso.*

CLIN Y COMAR, PARIS. — En todas las Farmacias. 654

**APIOLINA CHAPOTEAUT
SALUD DE LAS SEÑORAS**

(NO CONFUNDIRLA CON EL APIOL)

Es el más energético de los emenagogos que se conocen y el preferido por el cuerpo médico. Regulariza el flujo mensual, corta los retrasos y supresiones así como los dolores y cólicos que suelen coincidir con las épocas, y comprometen á menudo la salud de las Señoras.

PARIS, 8, rue Vivienne, y en todas las Farmacias

Las
Personas que conocen las
**PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT**
DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

**ENFERMEDADES
DEL
ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS
PATERSON**
con BISMUTHO y MAGNESIA
Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD, Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

**GARGANTA
VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN**
Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente á los Sñrs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz.— PAGO: 12 REALES.
Exigir en el rotulo a firma Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

PILDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exigirse el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PILDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exigirse el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PILDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exigirse el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

**AVISO Á
LAS SEÑORAS**
**EL APIOL DE LOS
JORET-HONOLLE**
CURA
LOS DOLORES, RETARDOS,
SUPPRESSIONES DE LOS
MENSTRUOS
F^{ca} G. SÉGUIN — PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
TODAS FARMACIAS y DROGUERIAS

CREMA y POLVO CHARMERESSE HIGIENE y HERMOSURA de la TEZ
DUSSEZ, 1, Rue J.-J. Rousseau, PARIS
Se vende en las principales Barberías, Perfumerías, Farmacias y Bazaros.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN